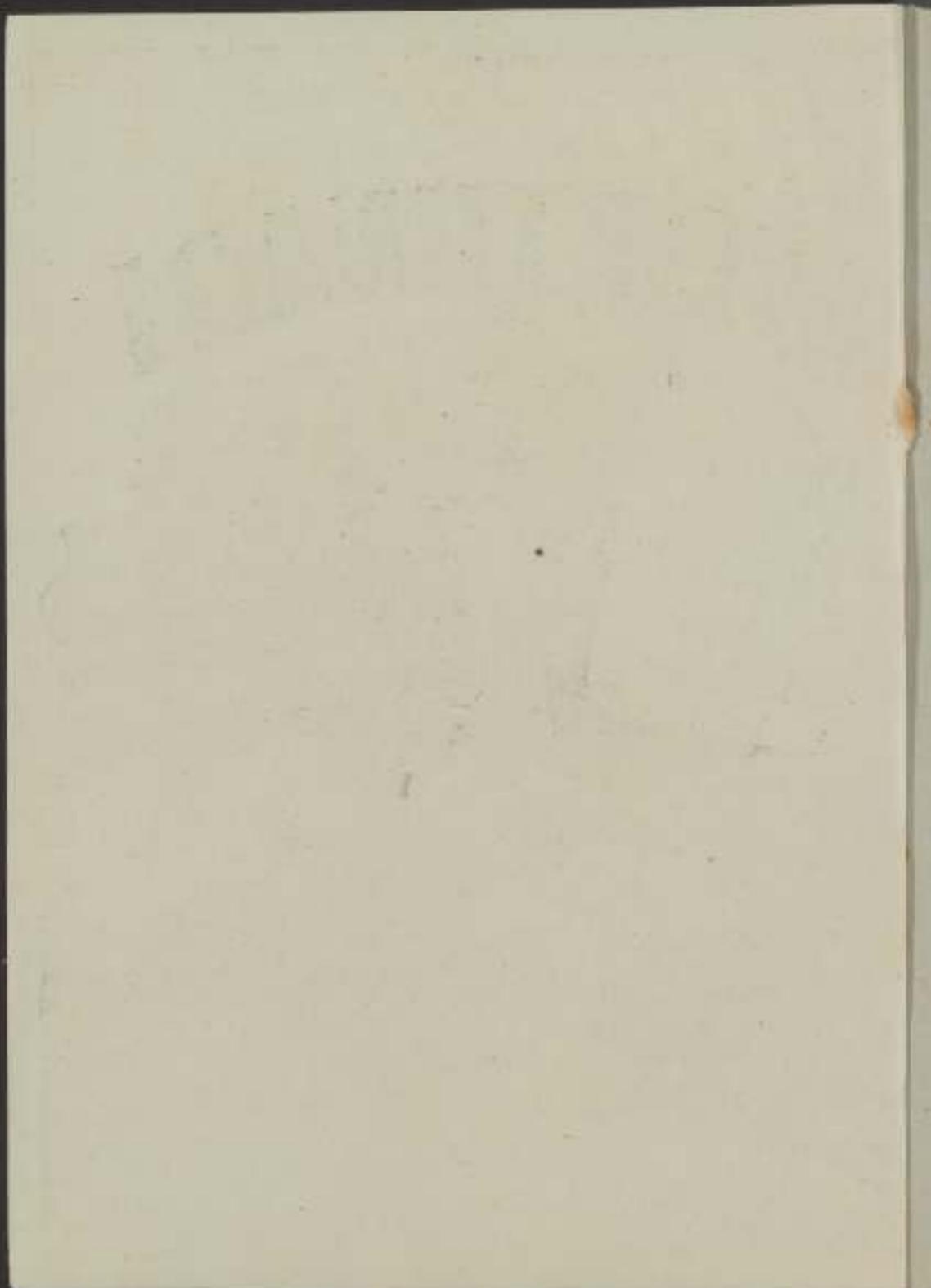


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS. SERIE ALFA

Una chica AFORTUNADA

Jean
ARTHUR
Edward
ARNOLD
Ray
MILLAND

Editorial ALFA





UNA CHICA
AFORTUNADA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO

Valencia, 234 - Teléfono 70637

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona-Torres, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 87

AÑO XIX

NUM. 376

Una chica afortunada

Las historietas menos trascendentales pueden resultar las más divertidas cuando éstas son llevadas a la pantalla por elementos valiosos como todos los que componen el reparto de **Una chica afortunada**. Esta chica, gracias a una discusión entre un matrimonio, logra ser su nuera, sin que ella haya puesto por su parte ni la más mínima coquetería para conquistar al muchacho.

Calle Valencia, 235

BARCELONA



Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

Pintor Sorolla, 4 y 6

VALENCIA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mary Smith</i>	Jean Arthur
<i>J. B. Ball</i>	Edward Arnold
<i>John Ball (hijo)</i> . . .	Ray Milland
<i>Señor Louis Louis</i> .	Louis Arbeni
<i>Señora Ball</i>	Mary Nash
<i>Van Buren</i>	Franklin Pangborn

Director:

Mitchell Leisen

Narración literaria:

Marcos Estrada

Una chica afortunada

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL BANQUERO REAJUSTA CUENTAS

HAY muchas cosas que no ocurren; pero nadie nos negará que podrían ocurrir y muchas de ellas no tienen lugar porque las gentes se han dejado llevar por la rutina y todo lo que se halla fuera de su estrecho sendero se califica de inverosímil, ilógico y hasta absurdo, según sea el que juzga el suceso extraordinario, que por el solo hecho de salirse un poco de lo corriente, ya merece toda clase de apóstrofes de aquellos que creen que en su mundo ya se ha pronunciado la última palabra.

Mary Smith, la bonita taquígrafa de la redacción de «El Buen Compañero de los Muchachos», se convierte, por pura casualidad en la heroína de un he-

cho algo extraordinario. Todos cuantos la rodean no pueden admitir la veracidad de su relato y, de momento, se convierte en su víctima; pero a medida que la historia avanza y continúan ocurriéndole cosas extraordinarias, todas dentro de lo posible, acaba por ser una chica realmente afortunada.

Una visita a primera hora de la mañana en la suntuosa morada del banquero J. B. Ball, considerado el tercero de los Estados Unidos, tiene tanto de pintoresco como de desesperante. Allí se ve que los miles de dólares no proporcionan la felicidad, y más bien sirven de manzana de la discordia que de aglutinante para unir a la familia. Esta es muy

breve. La esposa del banquero y su hijo Juan, Johnny, en la intimidad.

Cuando el criado personal de Ball ha cepillado la chaqueta de su amo ininidad de veces; se ha cerciorado que lleva la corbata derecha y que no le falta el pañuelo en el bolsillo, da por terminada su labor matutina.

—¡ Señor! Me parece que todo está en orden.

—Gracias, bajo a desayunar ahora.

El criado personal de Ball es muy oficioso, y le parece que todavía puede dar una cepilladita al traje de su amo; mientras éste sale de su habitación y se dirige a la escalera, le sigue con el cepillo para dar el último toque al famoso banquero, cuyos trajes son mirados y copiados por sus competidores menos afortunados.

Ball tiene ya sus cincuenta y cinco años. Es un hombre corpulento, de cara simpática, muy enérgico en su despacho y no tanto en su hogar.

A la hora en que él baja a desayunar, el batallón de criados y criadas que componen el servicio de la casa, están cada uno en su sitio arreglando y limpiando, o cuando menos, haciendo ver que lo hacen.

Al momento de poner el pie en el primer peldaño, el magnate bancario resbaló y fué a parar al vestíbulo. La caída resultó aparatosa y asustó a los servidores; pero Ball se incorporó rápidamente con tiempo para ver un gatito negro que se escabullía por el pasillo.

—¡ No deberían tener gatos negros en casa! ¡ Traen mala suerte! —exclamó el banquero mientras intentaba arreglarse la corbata.

—¡ Oh, señor, su pantalón! —decía el criado que había acudido con el cepillo para reparar los estragos causados por la caída.

Al pie de la escalera se hallaba el obeso mayordomo dispuesto para servir el desayuno. Con dificultad pudo disimular la risa al ver a su amo rodando por la escalera, pero supo dominarse y se limitó a decir:

—Veo que baja a desayunar muy temprano esta mañana...

Sin hacer ningún caso de la observación de Graves, que así se llamaba el mayordomo, Ball pasó al comedor donde ya le esperaba su hijo para desayunar juntos.

—Buenos días, papá.

—¡ Hola, hijo! ¿Cómo estás? Junto al servicio de Ball había

UNA CHICA AFORTUNADA.

un montoncito de facturas que empezó a examinar mientras comía. De repente le llamó la atención una de una ferretería por un recipiente de desperdicios, por el cual le facturaban ocho dólares.

—¡Graves! ¡Graves! ¿Dónde está? ¡Venga aquí!

—¿Diga, el señor?

—¿Qué pasó con el cubo de la basura?

—Se ha tenido que comprar uno nuevo porque nos han rabodo el que teníamos.

—¡Ah! ¡Nada está seguro ahora!

Ball continuó examinando facturas, y al mirar una de ellas le tocó el turno a su hijo.

—Johnny, tenía entendido que te habías comprado un coche nuevo hace dos meses. ¿A qué viene esta factura?

—Verás, papá... Lo entregué como pago, a cuenta del «Lugatti», y ahora empiezan a apremiarme un poco.

Una nueva factura hizo que Ball se dirigiera al mayordomo.

—Diga al cocinero que el mundo no está hecho de mantequilla... y a tí, Johnny, supongo que eso significa que has cambiado un coche americano en perfecto estado y pagado al contado, por un carricoche extranjero. Graves,

dígale al cocinero que use manteca de cerdo...

—Pero, señor, el cocinero dice...

—No me importa lo que diga el cocinero. Dígale que para freír un huevo puede hacerlo muy bien con manteca de cerdo... y lo dice que lo he dicho yo.

Hecha esta explicación, Ball se acordó que había dejado sin terminar la reprimenda a su hijo por haber adquirido un coche a plazos.

—Ya te he dicho más de nueve mil veces, Johnny, que no compras nada a plazos... incluso un gato comprendería esto.

—Desde luego —dijo el mayordomo.

—Te explicaré el por qué. ¿Cuánto has pagado por el coche?

—Once mil dólares.

La cifra exasperó al banquero.

—¡Con qué has pagado once mil dólares por un «Spigotti» de segunda mano!

—Espera un momento, papá.

—He estado esperando veinticinco años para acabar averiguando que soy el padre de un... un mentecato. ¡Esto es, un papanatas!

—Estás injusto, padre; lo que acabas de decir es muy ofensivo.

—¡Ah! ¿Lo consideras ofensivo?—Ball reflexionó unos instantes—. Pues permíteme que te diga algo. Si a mí alguien me llamara mentecato y papanatas, le rompería la cabeza, aunque fuera mi propio abuelo.

—Hoy día no tratamos así a nuestros abuelos.

—El trato que hubieses dado a tu abuelo, no importa a nadie. Recuerdo que cuando yo tenía tu edad, acostumbraba a ir al casino a jugar, ¿entiendes? Y cuando... Bueno, ingresaré mil dólares en tu cuenta corriente.

—Gracias, papa, no te molestes.

—¿Qué dices?

—He dicho no te molestes. Te agradezco mucho la pensión, pero no a este precio. ¡La cocina no es bastante buena!

—¡La cocina no es bastante buena! exclamó el padre como si oyera una blasfemia.

—No, señor —afirmó Johnny.

—¡Graves! ¿Dónde está usted? ¿Ha oído? ¡La cocina no es bastante buena! —gritaba el señor Ball fuera de sí ante el insulto que acababa de proferir su hijo. ¡Su único hijo!

—Y también te diré de otra cosa que no es bastante buena... y es el ser hijo de un banquero...

porque todo el mundo cree que soy un tonto incapaz de ganarme la vida; creen que soy un imbecil que vive del dinero de su padre...

—¡Bah! —dijo el padre en tono más sosegado—. Yo también era hijo de un banquero, y hasta los veintiséis años fui tan tonto como tú.

—En efecto, sí, señor —dijo el mayordomo.

—Pero cuando tuve más años, mejoré un poco, y... Oye, ¿cuántos años tienes?

—Los suficientes para ganarme la vida sin tu ayuda, ni la de tus simpáticos amigos.

—Es que si alguno de mis simpáticos amigos te diera un empleo, sería cuestión de hacerle examinar la cabeza.

—Esto es lo que crees, papá —dijo Johnny verdaderamente indignado—, y te haré recordar estas palabras algún día.

—Tú serás quien las recordará.

—¡Es posible!

—¡Es probable!

Johnny salió furioso del comedor dejando a su padre un poco extrañado, pero no por la marcha brusca de su hijo dejó de examinar las facturas que todavía no había comprobado.

Una de esas facturas le dejó

sin palabra, y al reaccionar, llamó al mayordomo:

—¿Qué es esto?

—La señora me dijo que se lo diera.

Se trataba de la cuenta de una peletería por un abrigo de martas cibelinas por el que facturaba cincuenta y ocho mil dólares.

Esto fué la gota de agua que hizo derramar el vaso del banquero en aquella mañana que bien podía calificarse de fatal.

—¿Qué es esto, Graves?

—La señora me dijo que se lo diera.

No aguardó más el señor Ball. Se levantó de la mesa, y con la factura en la mano, empezó a gritar.

—¡Jenny! ¡Jenny!

Salió disparado del comedor, cruzó el pasillo donde por poco tropezó con una camarera que estaba limpiando el suelo, subió al primer piso, pasó a la habitación de su esposa, donde no la encontró y continuó la búsqueda hasta hallarla tranquilamente sentada ante el espejo de su «boudoir» completando su tocado.

—¡Jenny! ¿Dónde estás? ¿Escondiéndote? ¿Eh? —gritó el enfurecido esposo conservando la factura todavía en la mano.

—No me escondo —repuso muy serena la señora Ball.

Esta era una dama de aspecto simpático, delgada, cuyo semblante conservaba todavía la huella de una belleza que fué deslumbrante en su juventud.

—¿Qué significa la compra de un nuevo abrigo de pieles?

—Tú quieres que vista bien, ¿verdad? Pues creo que la mujer del cuarto banquero de los Estados Unidos...

—Perdona, del tercer banquero de los Estados Unidos —corrigió rápido el señor Ball, y un poco más sosegado.

—Bueno, como tú quieras, del tercer banquero de los Estados Unidos...

—Sí; bastante sabes que ocupó el tercer lugar entre los banqueros de nuestro país. Dime, ¿qué les pasa a los otros abrigos de pieles que tienes?

—Apenas tengo ninguno, y los pocos que tengo están pasados de moda.

—¡Pasados de moda! —exclamó el señor Ball horrorizado—. ¿Cómo puede pasar de moda un abrigo de pieles? Un zorro huele tan mal hoy como cincuenta años atrás.

Para el banquero, como para muchos hombres, la idea de que

podiera pasar de moda un abrigo de pieles, era algo inconcebible.

—¿Dime dónde están esos abrigos pasados de moda?...

—No te lo diré —contestó la señora Ball muy resuelta.

—Jenny, eres muy poco juiciosa en estas cosas. Todo lo que tengo que hacer, es abrir las puertas de esos armarios.

El «budoir» de la señora Ball era una verdadera maravilla. Grandes espejos en la pared del fondo y en la pared opuesta, unos grandes armarios donde guardaba su valioso y elegante equipo. Las puertas de esos armarios se abrían y doblaban como un biombo. Poco práctico el señor Ball a manejar los armarios de su esposa, se encontró preso entre dos puertas.

—¡Eh! ¡Un momento! ¡Santo cielo! Por poco me aplastan estos mecanismos.

A pesar de este tropiezo consiguió abrir los armarios y aparecieron muy bien colgados, aquellos doce abrigos de pieles. Los había de nutria, de «skunk», de zorro plateado, de armiño, de «petit gris», de castor, de astracán, en fin, todo lo que se podía desear en pieles y abrigos.

La mirada de Ball fué de triunfo al ver aquellas prendas.

—¿Bueno, qué pasa con esto? ¿Qué me dices? ¿Qué tiene éste?

A medida que hablaba, el señor Ball iba señalando los abrigos.

—Este es de... es de kolinsky —dijo tímidamente la señora Ball al ver que señalaba el que era objeto de la famosa factura.

—¡Oh! Veo que entiendes más que yo en pieles, Jonny.

—No eres tan listo como cree la gente.

Se trataba del abrigo nuevo, y era necesario salvarlo.

—Sí, eso es... eso es —dijo Ball—. Creo que voy a quedarme con este kolinsky para consolarme.

—Dame este abrigo —gritó la señora abandonando la actitud pacífica que había adoptado hasta aquel momento, y sin dar tiempo a su marido se lo arrancó de las manos, saliendo de la habitación dejando la puerta cerrada tras de sí.

—¡Jenny! ¡Tráeme ese abrigo! ¡Abre la puerta! ¡Dámelo... o te voy a...

Haciendo muchos esfuerzos consiguió abrir la puerta y entró en el dormitorio.

UNA CHICA AFORTUNADA

—¡Jenny, te estás poniendo en ridículo!

Cuando se dió cuenta de que no había nadie en la habitación salió al pasillo donde los criados presenciaban disimuladamente la escena que tenía lugar.

—Nadie piensa en mi presión arterial —dijo Ball compadeciéndose a sí mismo.

Sospechó por fin, que su esposa se hubiese refugiado en la escalera de servicio y allí fué él gritando y tropezando con los que estaban limpiando.

—Buenos días, señor —dijo uno de los servidores.

—Buenos días, José o Alfredo, o como se llame —contestó el banquero mientras subía la escalera de caracol destinada a las habitaciones de los criados y al terrado.

Llegó a tiempo para ver desaparecer a su esposa hacia el terrado y la llamó de nuevo.

—¡Jenny! Puedo hablarte un momento?

Nadie contestó y no tuvo más remedio que llegar hasta el terrado.

—¡Jenny! ¡Jenny! —y el señor Ball se dirigió hacia donde había una mujer que resultó ser la lavandera—. ¡Oh, es usted! ¿Ha visto a mi esposa por aquí?

—No; no, señor.

—¿Ha sido ella quien le ha dicho que dijera que no?

—Sí, señor; pero, pero, quiero decir...

—Quiere decir, ya sé lo que quiere decir... ¡Jenny!

Pasó Ball detrás de la sábana que estaba tendiendo la lavandera y tras la que se ocultaba su mujer.

—¡Bueno! Ahora que has conseguido ponernos en ridículo a los dos, ¿qué es lo que quieres?

—Devolver el abrigo.

—Te aseguro que el señor Zickel no aceptará la devolución. Estas martas las criaron en Rusia especialmente para mí.

—¡Dámelo!

—¡John, no te devolverán el dinero. Lo tendrás que pagar, este asunto no tiene remedio.

—¡Dámelo! ¡Dámelo! —rugía el marido.

La señora Ball entregó la hermosa prenda.

—Bueno, y ahora que ya lo tienes, ¿qué piensas hacer con él? ¿Comértelo?

—¡Ya verás lo que hago con este dichoso abrigo!

El banquero se dirigió a la barandilla del terrado, y sin vacilar arrojó el abrigo a la calle.

UN ABRIGO VOLADOR

MARY Smith iba a la oficina tranquilamente sentada en el imperial de un autobús y el abrigo de martas cibelinas de la señora Ball aterrizó sobre su cabeza. El susto fué grande, y al lograr quitarse de encima aquella enorme piel, su primera mirada fué por el pasajero del asiento detrás de ella quien podía haberle jugado la bromita. Ese pasajero tenía todo el aspecto de un faquir, pues incluso usaba turbante y leía atentamente.

—¡Oiga! ¿Qué significa esto? —preguntó la joven.

—¡Kismet! —se limitó a contestar el indio.

Entonces Mary Smith miró la casa de donde podía haber caído

el abrigo y decidió apearse para devolverlo.

Habiendo dado el señor Ball la lucha con su esposa por terminada, salió de su casa relativamente satisfecho, siendo despedido en la puerta por Graves, el mayordomo.

—¡Bonito día, señor! —dijo el criado.

—¿Cree usted? —preguntó Ball.

Antes de que pudiera contestar el mayordomo y ya en la acera, se acercó al banquero un hombre con el ropaje blanco de cocinero.

—¡Oiga usted! —gritó aquel hombre.

El tono sorprendió a Ball.

—¿Qué dice?

—¿Usted es el que quiere que

UNA CHICA AFORTUNADA

fría los huevos con manteca de cerdo?

—¿Por qué no?

—¡Pues vaya usted a freir espárragos! —exclamó el cocinero, y al decir esto se quitó el delantal y lo arrojó a la cara de su amo.

En aquel mismo instante, la señora Ball que quería vengarse de la partida que le había jugado su esposo arrojando el precioso abrigo de martas a la calle, tiró un jarrón lleno de agua que, en lugar de caer sobre su ofensor fué a parar sobre la cabeza del airado cocinero.

Ball y el mayordomo no pudieron contener la risa, pues al porrazo y la ducha calmó bastante al hombre del gorro blanco.

—¡Pues, vaya usted a freir espárragos! —murmuró Ball dirigiéndose a su coche.

Mary Smith llegó en aquel instante con el abrigo en la mano.

—Perdone, caballero, ¿se les ha caído un abrigo de pieles?

—No, señorita —dijo Ball—, aquí, no.

—Gracias.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó el banquero.

—¿Qué dónde lo he encontrado? ¿Cómo puedo saber que es suyo?

—Mire la etiqueta y vea si dice «A. B. Zickel y Cía».

Mary miró el forro del abrigo junto al cuello y vió el nombre que había citado aquel orondo señor.

—Sí, sí, éste es el nombre.

—¿Trabaja usted para ganarse la vida, señorita?

—Sí, claro que sí. Pero no veo a qué viene esa pregunta. Fíjese cómo me ha dejado el sombrero.

El sombrero de Mary estaba adornado con una plumita que mal resistió la caída del abrigo y aparecía completamente mustia y maltrecha.

—¿Tiene usted abrigo de pieles, señorita?

—No, no tengo, pero no entiendo todavía...

—Pues este es suyo... y ¡felicidades pascuas!

Dió media vuelta el señor Ball y dejó a Mary plantada en la acera con el abrigo en brazos.

—¡Un momento, oiga, papá Noel!

—¿Qué pasa?

—¿Qué es lo que tiene este abrigo? ¿Quema? —preguntó Mary.

—No lo sé. No lo he llevado nunca.

—Al menos, dígame de qué clase de piel es.

—Cebra. ¿Desca saber algo más?

—Sí, me gustaría saber cómo...

—Permitame que le dé un buen consejo, jovencita. No se crea demasiado sabia. No crea que todo lo sabe. Se han hecho muchas cosas para la gente..., muchas cosas buenas. Recuerde esto...

La pareja que formaban Ball y Mary con un abrigo de pieles entre manos y discutiendo con cierto interés llamó la atención de los transeúntes, y pronto se formó un grupo a su alrededor. Ball se dió cuenta de ello, y cortando la conversación con Mary se dirigió a los que les observaban.

—¡Bueno! ¿Qué quieren ustedes?

El tono autoritario de Ball se impuso y el grupo se dispersó. Iba ya a marcharse cuando Mary le paró de nuevo.

—Oiga, ¿podría prestarme diez centavos?

—Prestarle... claro que sí.

—Hoy es día de cobro y al bajar del autobús no me he acordado de que era la última moneda de diez centavos que tenía... y veré...

Ball buscaba en todos los bol-

sillos y en ninguno hallaba la simple moneda que le pedían.

—Si no le vienen bien —dijo Mary—, en realidad no importa. Andaré.

—Claro que me viene bien. No sea tonta. ¿Piensa usted tomar un autobús?

—Sí.

No había manera de descubrir ni un centavo en los bolsillos del banquero, pero halló mejor solución. Allí estaba su coche esperando.

—Y, ¿este autobús, no le irá bien? —preguntó.

—¡Oh, no!

—¿Por qué no? Suba, suba.

Empezaba a ser un poco tarde para Mary, quien ya debía estar en la oficina, y aceptó sin vacilar la invitación de Ball.

—Voy a llegar tarde a mi despacho —dijo Mary, ya bien acomodada en el coche y sentado junto a ella el banquero.

—¿Dónde trabaja usted?

—En «El Buen Compañero de los Muchachos».

—¿El buen compañero de quién? —preguntó el banquero sorprendido.

—Es una revista para muchachos.

—¿Sí? Nunca la he oído nombrar hasta ahora.

UNA CHICA AFORTUNADA

—Pues tenemos más de un millón de lectores.

—Pero no me tienen a mí. Oiga, pare ante una tienda de sombreros —dijo Ball dirigiéndose al chófer.

—Bien, señor.

—No, de veras. No debe usted hacer esto. Es muy amable, pero no tengo tiempo, y el abrigo compensa de sobra el deterioro del sombrero. No era nuevo...

—Si yo puedo hacer esperar a los que me esperan a mí, supongo que «El buen muchacho» puede esperar unos minutos más.

—«Compañero». «El Buen Compañero».

—Muy bien, «Compañero».

—Si, verá usted, iba a comprar un abrigo de pieles... ahora se encuentran por dos dólares a la semana y... sólo abonando el uno por ciento...

—¿El uno por ciento al mes?

—Sí. ¿Verdad que es estupendo que lo puedan vender tan barato?

—¿Tan barato?

—¡Sí!

—¡Pero... si es el veinticinco por ciento al año!

—¡Ah, no! El uno por ciento al mes... es el doce por ciento al año.

—Desde luego usted no sabe

quien soy yo, pero tengo experiencia en el cálculo de intereses.

—No lo dudo, pero también he ido a la escuela y creo poder decir con toda seguridad, que el uno por ciento al mes, es el doce...

Mary hablaba convencida e intentaba convencer. Ball por su parte, se sentía banquero y no admitía lecciones de niñas pedantes en su especialidad.

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡Un momento! Supongamos que usted debe cien dólares y los paga a plazos de dos dólares a la semana... y ocho dólares y sesenta y seis y dos tercios de centavos al mes...

—Usted quiere decir ocho dólares al mes. Hay cuatro semanas en un mes, sabe usted.

—Perdone, señorita. Hay cuatro y un tercio de semana en un mes, de otro modo tendríamos cuarenta y ocho semanas en un año.

—¿Quiere decir el año bisiesto?

Ball empezaba a perder la paciencia.

—No, no, no quiero decir el año bisiesto. Si hubiese querido decir el año bisiesto, hubiera dicho año bisiesto. Al cabo de seis meses, usted habría pagado cin-

cuenta y dos dólares, pero sigue usted pagando...

—El doce por ciento...

—Al cabo de cuarenta y nueve semanas lo habrá pagado todo menos dos dólares, con lo cual resulta que usted paga el seiscientos por ciento.

Mary escuchaba el razonamiento de su desconocido compañero con semblante incrédulo y le asombraba el calor con que aquel buen hombre discutía un asunto que ella ya tenía resuelto hacía tiempo.

—No tiene necesidad de enfadarse, caballero, por no comprender lo que es una cuenta de interés simple.

—¡No me hable usted así! —gritó Ball.

—Es que usted parece que no comprende...

—¿Qué significa eso de que no comprendo?

—Pues, que doce veces uno no puede de ningún modo ser seiscientos.

—¡Muy bien! ¡Muy...

—Doce por uno son doce —dijo Mary resuelta.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!

—No quiero ofenderle, caballero, pero creo que un niño pequeño sería capaz de comprender que...

—¡Está bien, señorita, no hablemos más de esto!

—¡Bien!

—¡Muy bien!

Continuaron en silencio hasta que el coche paró ante una de las tiendas de modas más reputadas de la Quinta Avenida. Se apeó el banquero, ayudó a bajar a Mary y ambos penetraron en la tienda.

La presencia de un señor como Ball con una jovencita que bien podía ser su hija, no llamó la atención y pasaron a un saloncito para probar sombreros.

Van Buren, director propietario de la casa de modas, presenciaba la prueba, y por la cabeza de Mary pasaron varios sombreros sin que demostrara admiración por ninguno, como tampoco al señor Ball.

Le pusieron uno pequeñín que a Mary le pareció el más bonito y preguntó a su acompañante:

—¿No le gusta éste?

—No me gusta. Parece un salero —replicó rápido el rey de las finanzas.

—Nosotros creemos que es un modelo muy estudiado —dijo Van Buren ofendido en su dignidad profesional.

—Este es el defecto que tiene

UNA CHICA AFORTUNADA

—dijo Ball—. ¡Oh! Allí hay uno que me gusta.

Se levantó el banquero de la silla en que se había sentado desde que empezó la prueba y marchó decidido hacia una vitrina donde había un sombrero con un poco de piel y un velo colgante. Cogió el modelo con su habitual brusquedad y al mismo tiempo le era arrebatado por Van Buren.

—Perdone, caballero, pero los modelos preferimos tocarlos nosotros solos.

—¡Como usted quiera!

Probaron el modelito a Mary que pareció complacida con él.

—Lleva piel también —dijo la joven.

—Es marta cibelina auténtica, se apresuró a hacer constar el modisto.

—Pruébeselo junto con el abrigo, señorita —dijo Ball.

Accedió Mary a lo que le pedían, y tocada con el sombrero y abrigada con las pieles, quedaba realmente elegante.

—¡Esto ya es otra cosa! —dijo Ball.

—Sí, sí —dijo Van Buren—, resulta un «dernier cri».

—No lleve dinero encima para pagarle —explicó Ball—, pero

le daré mi tarjeta y puede mandar la cuenta a mi despacho.

De momento, el modisto vaciló un poco, pero al poner la vista en la tarjeta y darse cuenta que se trataba nada menos que del banquero Ball, cesaron todos sus escrúpulos y empezó a deshacerse en reverencias.

Mary estaba ante el espejo dándose los últimos toques al sombrero y abrigo, satisfecha y un poco atontada ante aquella especie de cuento de hadas que estaba viviendo desde hacía media hora.

—¿Quiere hacer el favor de envolverse el sombrero viejo? —pidió a Van Buren.

—¿Darle a usted el paquete? Por favor, señorita, se lo mandaremos. ¿Quiere hacer el favor de darme su dirección?

—Mary Smith, 725 Oeste, calle 112.

La dirección correspondía a un barrio muy sencillo y el modisto abrió los ojos desmesuradamente.

—Vamos, señorita, tengo mucho que hacer esta mañana —dijo Ball.

Salieron de la tienda y subieron de nuevo al auto para dejar a Mary en su oficina.

Mientras tanto en la tienda de Van Buren se había formado una idea equívoca de la presencia del banquero acompañando a la bella jovencita.

—¿Se ha fijado usted en el abrigo? —dijo la dependienta a Van Buren..

—¡Claro que me he fijado! Pero es que usted no sabe que él es el Rey de la Banca.

—¿El qué? —insistió la empleada.

—¡El Rey de la Bolsa!

—¡Oh!

El auto de Ball había llegado

ante la oficina de Mary y allí se despidieron.

—¡Adiós, jovencita, y que no se le apolille el kolinsky!—dijo Ball sonriente sin bajar del auto.

Mary ya estaba en la acera.

—Lo cuidaré como se merece, adiós.

Se puso el auto en marcha, y entonces Mary atinó en que no sabía quién era aquella especie de hada madrina en forma de hombre de negocios neoyorquino.

—No sé cómo agradeceréelo, señor, señor..., pero no me ha dicho su nombre...

UNA FALTA GRAVE DE PUNTUALIDAD

ESTABA tan satisfecha Mary con su nuevo equipo, que no se daba cuenta de los comentarios que podría provocar en su oficina, tanto más cuanto llegaba tres cuartos de hora más tarde de lo que debía.

La oficina de «El Buen Compañero de los Muchachos» estaba compuesto de personal muy anticuado y creía que todo lo moderno y bonito forzosamente tenía que ser malo. El director de la revista era un personaje anacrónico que sostenía que las ideas del siglo pasado, en el cual él había nacido, eran las mejores y las únicas a respetar. Sus subordinados, especialmente unas cuantas señoritas que ya habían

doblado los cuarenta y cinco, opinaban como su jefe, por lo que Mary, la única representante de la juventud y la belleza, era mirada con envidia por aquellas totorronas que todavía usaban medias de punto inglés y chorrera de encaje sobre la blusa.

Llegó Mary repartiendo buenos días, ataviada con las valiosas prendas que acababa de adquirir a tan buen precio. Las miradas del personal se clavaron en ella hasta que se hubo quitado el abrigo y sentado ante su mesa.

La señorita Serf, la más fea y envidiosa de todas, la miró con ojos en los que brillaba la ira.

—Buenos días, señorita Serf —dijo Mary—, ya sé que es un

poco tarde, pero me quedaré un rato a la hora de salida para recuperar. ¿Verdad que es bonito mi nuevo abrigo?

No se dignó contestar la solterona, y dirigiéndose a todo el personal, exclamó:

—¡Señoras y caballeros, por favor! ¡Todos a su trabajo!

Inclinaron todos la cabeza e intentaron trabajar aunque sin querer, todas las miradas convergían hacia donde estaba Mary, sonriendo a pesar suyo ante el éxito que acababa de obtener entre sus compañeros.

El modisto Van Buren era un chismoso de marca, y en cuanto hubo desaparecido el banquero de su tienda con la bonita acompañante, se dirigió al teléfono para comunicar el chisme a un amigo suyo periodista.

—No, no, no lo has entendido bien. Ball, J. B. Ball, en persona, el Rey de la Bolsa, con una chica estupenda, que llevaba un abrigo de martas cibelinas digno de él. Sí, sí, se supone. Donde hay humo, es que alguien está fumando, ¿verdad? Ella se llama Mary Smith, vive, por ahora, en un barrio sencillo; pero ni una palabra de ello hasta que nos veamos, ¿eh?

Ya estaba lanzada la especie

y aquel a quien lo había dicho Van Buren le faltó tiempo para comunicarlo a otro, y pronto estuvo rodando la bola de nieve.

La señorita Serf se había impuesto el cargo de velar por la moral de los empleados de «El Buen Compañero de los Muchachos», y en cuanto vió que Mary estaba absorta trabajando fué a donde había colgado el famoso abrigo para examinarlo de cerca. Sopló la piel con aire de persona conocedora y cuando estuvo convencida de que se trataba de unas magníficas martas, dirigió sus pasos a la gerencia.

Allí contó su historia al director, y Mary fué invitada a pasar al despacho y a explicar cómo había conseguido un abrigo que valía una fortuna.

Mary narró la historia que había tenido lugar poco rato antes con toda naturalidad. La escuchó el director con paciencia, y la señorita Serf, mientras tanto hacía movimientos de incredulidad con su cabeza sobre la que soportaba un anticuado moño surcado de canas. Terminó Mary su explicación y el gerente dijo:

—Señorita Smith, usted nos quiere hacer creer que un desconocido habiendo dejado caer un valioso abrigo de martas...

UNA CHICA AFORTUNADA

—No son martas —interrumpió Mary, es kolinsky.

—Marta o kolinsky, sea lo que sea...

—Son martas —aseguró la señorita Serf.

—No lo son —gritó Mary.

—Como si yo no supiera lo que son martas —insistió la señorita Serf—, precisamente mi madre tenía una esclavina...

—Repito que no son martas —dijo ya furiosa Mary.

—En realidad esto poco importa —dijo el director—, lo que sí importa es que usted nos quiera hacer creer que...

—Ya se que es muy extraño y supongo que si alguien me lo contara a mí...

—¡Es muy extraño! Tan extraño, en realidad, que...

—Esta casa edita una revista para niños —dijo la señorita Serf.

—Sí, ¿y qué? —preguntó la muchacha.

—«El Buen Compañero de los Muchachos» lamenta tener que decirle que ya no necesita sus servicios —dijo el director.

—¿No? ¡Espere! ¡Espere un momento! ¡Espere un momento! Se lo contaré todo... En realidad es que no quería que usted supiera que soy un poco manirrota, ya comprendo que es una

tontería querer hacerles creer cosas inventadas, pero ya veo que no sirvo; verá usted, he comprado el abrigo con mis pequeños ahorros...

Mary intentó convencerles con una mentira ya que no lo había logrado con la pura verdad.

—Es por esto que he llegado tarde, señor director.

El gerente estaba en cierto modo convencido, pero la señorita Serf exigía pruebas. Era el fiscal del proceso.

—Pronto aclararemos esto —dijo el jefe—. ¿Dónde ha comprado usted este abrigo, Mary?

—En la peletería de «A. B. Zickel y Cía.», contestó rápidamente la joven.

—¿Cuánto le costó?

—No creo que sea necesario decirselo a ustedes...

—Ese abrigo a lo menos cuesta cuatrocientos dólares —dijo la señorita Serf.

—No es verdad —contestó Mary—, costó... costó... ciento sesenta y dos con sesenta y nueve centavos.

—Ahora lo aclararemos —dijo el director cogiendo el teléfono—. Haga el favor de comunicarme con la peletería Zickel.

—Es que... no lo recuerdo exactamente —dijo Mary, no se

bien si costó ciento sesenta y dos con sesenta y nueve, o... Verá usted, es el primer abrigo de pieles que compro y estaba un poco azorada, y...

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Han vendido ustedes un abrigo de Kolinsky esta mañana por...

—Ciento sesenta y dos dólares con sesenta y nueve —se apresuró a dictar la señorita Serf.

—...¿ciento sesenta y dos dólares con sesenta y nueve?

—Bueno, todo el mundo puede equivocarse, tienen abrigos de muchos precios —explicaba la muchacha.

—¿Cómo dice? ¡Que no han vendido ninguno! ¡No tienen nada por menos de quinientos dólares! Muchísimas gracias.

Colgó el director el teléfono, y con los lentes en la punta de la nariz, mirando a Mary por encima de ellos, exclamó:

—Creo que no hay nada más que decir, señorita Smith. Como ya he dicho antes, las exigencias éticas de «El Buen Compañero de los Muchachos» son...

—Pues, me dan ustedes en la cabeza... —exclamó Mary dis-

gustada ante el giro que había tomado el asunto.

—Cuidado que no le den en la cabeza con una pulsera de brillantes —gritó el anticuado director a Mary, que ya estaba cerca de la puerta para marcharse.

La joven recogió el insulto. Se paró en seco, fijó la mirada en un cuadro alegórico de «El Buen Compañero» representado por un jovencito vestido de marinero con un ridículo sombrero de paja.

Como una flecha, se dirigió Mary al cuadro, lo descolgó serenamente y con él en las manos llegó hasta la butaca donde estaba el director colocándose el sombrero.

—¡Tome! Para que no pueda decir que nunca le han dado con nada en la cabeza.

—¡Oh! —exclamó horrorizada la señorita Serf al ver el atropello de que era víctima el director y «El Buen Compañero».

—¡Adiós, vieja estúpida! ¡Mal pensada!

Salió Mary del despacho, vistió de nuevo el abrigo y el elegante sombrero, dirigiéndose a la calle sin empleo y sin dinero.

EL BANQUERO BALL

La llegada del banquero en su oficina era un acontecimiento todas las mañanas. Los porteros formaban al verle pasar y saludaban respetuosamente.

—¡Buenos días, señor Ball!— le decía el ascensorista.

—Buenos días, John. Me alegro de ver que se encuentra usted mejor.

—Muchas gracias, señor Ball.

Cruzaba el magnate varias dependencias antes de llegar a su despacho, y todos los empleados que minutos antes estaban charlando alegremente, aparecían absortos en su trabajo.

En cuanto entró en su oficina le saludó Lillian, su vieja secretaria.

—Póngame con la señora Ball.

La secretaria dió la orden a una taquígrafa y ésta pasó el aviso por teléfono.

—El señor Ball acaba de llegar y desea hablar con su esposa por teléfono.

Mientras tanto el banquero hablaba con un mozo.

—¿Cómo se encuentra su mujer, Tom?

—Mejor, señor.

—Y ¿el recién nacido?

—Está un poco malucho esta mañana, señor Ball.

Lillian penetró en el despacho.

—Señor Ball. Su esposa ya ha salido de casa.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—Aquí están los valores que pidió usted ayer —dijo Lillian.

—¿Qué me ha dicho de mi esposa?

La secretaria del banquero era una mujer de unos cincuenta años, de aspecto autoritario, y sin duda dominaba un poco a su jefe.

—He dicho que la señora Ball ya ha salido de su casa. Se ha ido a Florida porque ha dicho que en Florida no se necesitan abrigo de pieles. Dice que allí lo único que hace falta es un bañador y...

La noticia contrarió a Ball, pero quiso disimular.

—Está bien, está bien. ¿Espera alguna visita?

—Le espera el señor Louis. A las once y media tiene usted una conferencia con...

—¿El señor quién?

—El señor Louis. Ya sabe, el del Hotel Louis. A las once tiene usted reunión en la Compañía...

—¡Oh! ¿de veras? Que pase en seguida.

La secretaria seguía su informe impertérrita.

—A las once tiene usted reunión en la Compañía Nacional, a las doce en la Cámara de Comercio, a las doce y media almuerzo en el Club de Banqueros

con el señor Van Astorbilt, muy importante...

—Está bien, está bien...

—Y no se olvide de volver aquí a las dos y media.

Abrió la secretaria la puerta del despacho después que hubo dado cuenta a su jefe de todos los deberes del día, y llamó al visitante.

—¡Señor Louis!

Apareció a la puerta un hombre bajito, un poco ridículo.

—Sí, sí, sí—dijo tartamudeando un poco.

—Puede usted pasar.

—No, no, no. Un momento, un momento. ¡Ah! ¡Pata de liebre!

De uno de sus bolsillos sacó algo extraño que bien podía ser una patita de liebre, y después de mirarla y besarla, invocando suerte para la entrevista, pasó al despacho del banquero.

—El señor Louis, señor Ball —dijo Lillian.

—Gracias —dijo el hotelero, mirando a la secretaria y marchando hacia donde le esperaba Ball.

—Quítese el sombrero —rugió el banquero.

Obedeció Louis.

—Usted perdóne, señor Ball.

UNA CHICA AFORTUNADA

Los efectos vencen hoy, de modo que aquí estoy a punto...

—Magnífico, entonces no necesita usted molestarse. Vaya abajo a la ventanilla rotulada «Préstamos», la ventanilla grande...

—Señor Ball, usted y yo nos comprendemos muy bien. Somos buenos amigos.

—¿Ha venido usted a pagar o qué?

—Sí. He venido a presentarle mis respetos, porque en el mundo de las finanzas...

—¡Oiga usted, Louis! Lleva tres años de retraso con la primera hipoteca, dos años de retraso en la segunda... y un año con la tercera.

—Señor Ball, como usted ve, vamos mejorando. El Hotel Louis ha de triunfar, porque es el mejor de Nueva York.

Ball iba a interrumpirle.

—Perdone un momento —continuaba el hotelero—, piense usted en mi ternera asada a la J. B. Ball...

—¡Sí!

Louis sonrió satisfecho.

—Sí, todo el mundo sabe que usted es el mejor cocinero del mundo. Pero no entiende usted nada de negocios, y ahora vuelva usted a esa cocina que es su

sitio y allí estará mejor. Yo entablaré una demanda contra el hotel y creo que le haré un favor.

—¡Oh, señor Ball, por favor. Deme un nuevo plazo de seis meses.

—¿Por qué? ¡Por su linda cara!

—Si no puede ser tanto, deme seis semanas.

—Le daré una semana.

—¿Qué puedo yo hacer con una semana —suplicaba el desdichado cocinero-hotelero.

—Muy bien, si no la quiere no se la daré.

—No, no, acepto esa semana. Adiós, señor Ball, me voy, tengo mucha prisa.

—¿Qué va a hacer usted?

—No lo sé, pero tengo una semana para hacerlo.

Salió disparado el hotelero del despacho, antes de que su capitalista variara de opinión. Una vez en la calle miró el suntuoso hotel y exclamó:

—¡Cómo puede una obra como ésta ser un fracaso!

El modisto Van Buren era amigo de Louis y al verle pasar le llamó.

—Louis, Louis...

Este iba tan preocupado que fué necesario que Van Buren le

alcanzase para que le hiciera caso.

—Oiga Louis, oiga...

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Louis, Louis, ¿sabe quién ha estado en mi salón esta mañana?

—Lo que yo necesito saber es quién ha de venir al mío... alguien del tamaño de un congreso... y muy pronto.

—No lo adivinaré nunca.

—Muy bien, muy bien. Juguemos a adivinanzas. ¿Quién?

—¡El Rey de la Bolsa! —exclamó Van Buren satisfecho como si acabara de comunicar una gran noticia.

—¿Quién?

—¡El Rey de la Bolsa con una dama!

—¿El Rey? ¿Una dama? ¿Y

qué me importa eso a mí? ¿Acaso se refiere a Ball, de la Bolsa.

—Esto es lo que intento contarle.

—¿Con una chica?

—Sí, con una chica preciosa.

—¿Está usted bien enterado? Mire que Ball no es hombre de mujeres. ¿Sabe el nombre de la Eva en cuestión? ¿Dónde vive? ¿Etcétera? ¿Etcétera?

—Lo sé —dijo Van Buren poniéndose serio—, pero no tengo intención de divulgar el secreto.

—Señor Van Buren, con un poco de buena voluntad por parte de usted, se salvará el Hotel Louis y yo con él. Gracias, muchas gracias.

—Venga hasta mi salón y le facilitaré los datos que le interesan.

MARY SIN EMPLEO

LA satisfacción de Mary por la posesión del abrigo y sombrerito de pieles, había sido ensombrecida al quedarse sin empleo y sin dinero. Se hallaba sentada en la sencilla habitación que tenía alquilada en el número 725 de la calle 112 sin saber que partido tomar. No había comido nada y el hambre empezaba a molestarla. Encontrar otra ocupación podría ser cosa de varios días y no quería desprenderse de las nuevas prendas para sacar dinero de ellas.

La patrona había dejado encima la mesa la factura del alquiler semanal que pagaba por vencido y que sumaba siete dólares por semana.

Mary registró todos los rincones de su bolso y no halló la suma que necesitaba. Registró los cajones de su tocador y tampoco halló nada. Sobre el mismo había un cerdito de porcelana, comprado en una feria que servía de alcancía. ¡Tal vez allí encontraría algún dinero! Cogió el animalito y lo sacudió. Efectivamente: en su hueca tripa algo sonaba a metal. Con el auxilio de un cuchillo intentó hacer bajar las monedas, pero fué inútil. Para arrancar el tesoro que aquel animal porcino guardaba en su vientre, era indispensable abrirlo cruelmente o tirarlo al suelo para que se rompiera en mil pedazos.

Mary miraba al cerdito con

dolor, ¡pero necesitaba tanto los centavos que guardaba! Era necesario actuar rápidamente. El hambre acuciaba.

Cogió el cerdito, y después de darle un beso de despedida, le vendó los ojos para hacer menos penosa la ejecución. El primer golpe falló. Fué necesario dar otro y este segundo partió al cerdito en dos pedazos, y de su tripa salió una sola moneda que rodó por el suelo. Mary se agachó para recogerla, y entonces se dió cuenta de que en la puerta que daba a la escalera había un sobre. Recogió la misiva y vió sorprendida que se trataba de un telegrama. Este iba muy bien dirigido a su nombre y el contenido era el siguiente:

«Puedo verla en seguida?
¡Urgente! Louis Louis.
Avenida San Louis. — Hotel Louis.»

La sorpresa de Mary fué extraordinaria. ¿Qué es lo que desearían con aquella reiteración de Louises? ¡Tal vez un empleo! Era necesario acudir inmediatamente allí para ver de lo que se trataba. De momento se olvidó que tenía hambre y vistiéndolo el abrigo de pieles y el sombrerito, marchó hacia el hotel.

Louis estaba en la dirección

hablando con el administrador y esperando a los huéspedes que no llegaban nunca.

Un botones abrió la puerta.

—Perdone, señor.

—¿Cuántas veces he de decirte que no entres sin llamar?

—preguntó Louis al atontado botones.

—Hay una señorita que desea verle, señor Louis.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Por qué no me lo decías? ¡Apártate! —dijo el hotelero saliendo disparado hacia el vestíbulo.

—Sí, señor —replicó el botones.

La noticia había sorprendido a Louis en mangas de camisa. Regresó al despacho.

—¿Dónde está mi chaqué?
¡Chico! ¡Tráeme una flor para el ojal!

—Sí, señor.

—¿Cómo puede usted pensar en chicas en un momento como éste? —preguntó el administrador.

—¡Chicas! ¡Chicas! ¡Chicas! Es la única solución de nuestra primera, segunda y tercera hipotecas. Esa chica tiene que venir a vivir aquí. Con la chica en casa, ni siquiera un monstruo entablaría una demanda, explicaba Louis a su administra-

UNA CHICA A FORTUNADA

dor, que no comprendía una palabra.

Apareció el botones trayendo en la mano un lirio de agua.

—¿Qué traes aquí? Te imaginas que soy un cadáver?

—¡No, señor!

—¡He pedido una flor para el ojal! Debo presentarme bien. Devuelve ese lirio a la funeraria.

—Sí, señor.

—Créeme, Gurney, este es el único recurso que nos queda...

Salió al fin del despacho, y muy cumplimentoso saludó a Mary, que estaba aguardando en el vestíbulo.

—¿Señorita Smith?

—Sí...

—Es un placer conocer a usted. Siéntese, siéntese... Perdóne que me haya tomado la libertad de ponerle un telegrama. Es usted tal como me la había figurado, sólo un cien por cien mejor.

—Gracias, muchas gracias. No sé quién le habrá hablado de mí, no sé quién me recomienda, pero estoy segura de que le podré servir bien. Soy una taquígrafa muy rápida...

En la imaginación de Mary sólo cabía la idea de que la habían llamado para darle el empleo de taquígrafa del hotel.

—Señorita Smith. Soy un hombre que no ando por las ramas, no me gusta perder el tiempo. Le digo que éste es el sitio donde le corresponde vivir, y es aquí donde ha de estar.

—Bueno, con mucho gusto, no pido un gran sueldo, y...

—Hasta que no haya usted vivido en el Hotel Louis, no sabrá lo que es vivir aquí.

—¿Tengo que vivir aquí?

—Insisto en ello. Hágame este favor, y ahora eche una mirada a estos salones.

—¿A qué?

—Venga usted, le enseñaré el hotel. Pase usted delante. Por aquí, haga el favor. Las llaves de las habitaciones imperiales — gritó Louis al botones.

—Sí, señor.

Subieron en el ascensor y, a los pocos minutos Louis abría las famosas habitaciones imperiales y penetraba en ellas seguido de Mary.

—Primera sala de recepción. ¿Bonita, eh?

Era una magnífica sala, muy bien amueblada y en la que no faltaba detalle. Pasaron a otra habitación.

—¡Segunda sala de recepción! Vea, aquí hay una cocina. Muy práctica. Continuemos.

¡Tercera sala de recepción!
 ¡Perdone, señorita. Ve usted, un hogar. Da a la habitación un aire de intimidad. Un piano. ¿Pisa usted las teclas, señorita?

Mary seguía al hotelero y escuchaba su charla propagandística sin atinar en qué podía ir a parar todo aquello.

Louis se sentó ante el piano y empezó a cantar y tocar unos malos acordes.

—Este piano necesita que lo afinen. ¿Qué le parecen estas habitaciones? ¡Hermosas dependencias!

—¡Sí!

—Todo lo que usted desee lo adivinamos, incluso antes de que se le ocurra. Mire usted, todo nuevo; perdone, por aquí. La cuarta sala de recepción.

Habían entrado en otra habitación tan bonita y bien amueblada como las anteriores. No se podía negar que el Hotel Louis era de primer orden.

—¡Ah, sí! Es esto la cocina. Vea, nevera de gas. Dicen que funciona con gas, pero no lo creo, y, por fin, llegamos al primer dormitorio. Vea esos cristales. ¡Inastillables! Y pasamos a la quinta sala de recepción. El tocador, ¡ah! ¡algo magnífico! Espejos en tres direcciones. En

los demás hoteles sólo tienen dos. ¿Qué le parece?

A Mary todo aquello le parecía un sueño y se limitaba a seguir al hotelero y a admirar aquellas suntuosas habitaciones.

—Vea esto. ¡Un estanque!

—¿Para qué?

—Para lavarse.

—¡Cielos!

El baño era una cosa caprichosa. Se trataba de una enorme media concha rematada por un grupo escultórico.

—Todavía hay más. El gimnasio.

—¿Qué es esto? —preguntó Mary observando una silla de montar colocada sobre un pic de hierro.

—Es el caballo mecánico para el que desca hacer ejercicio sin moverse de casa. No existe nada mejor. Es un animal simpático, no tira coques, ni muerde.

Louis montó el caballo mecánico para hacer una demostración a su futura huésped, la cual se quedó pasmada ante los refinamientos que estaba descubriendo en el Hotel Louis.

Se apeó el hotelero y continuó la peregrinación por aquellas habitaciones que parecían no tener fin.

—¡Ya hemos llegado! —ex-

UNA CHICA AFORTUNADA

clamó Louis con su habitual exageración—. ¡Ahora, su dormitorio!

Una soberbia cama, unos butacones, alfombras, cortinas, todo lo que forma una habitación de lujo.

—¡Bonito sitio para descansar! ¿Verdad? —preguntó el hotelero—. ¿Estaría usted bien aquí?

—Admito que parece muy cómoda esta habitación, pero no comprendo... ¿cuánto me pagaría usted?

Mary no entendía una palabra de todo aquello y tenía interés en saber qué clase de empleo le ofrecían y cuánto iban a pagarle.

—¿Cuánto le pagaría yo? ¿Para qué? —ahora era Louis el sorprendido.

—Pues... para lo que sea.

—¿No cree que es usted quien habría de pagarme un poco a mí?

—¿Para qué? —insistió Mary

—¡Para qué! Pues, para estas habitaciones que le estoy enseñando; la primera sala de recepción, la segunda, el salón, la cocina, el dormitorio, el caballo...

—¡Un momento! ¡Un momento! ¿Trata usted de alquilarme estas habitaciones?

—¡Exacto! —respondió Louis satisfecho de ver que al fin le había comprendido.

—¿Para esto me ha mandado usted a buscar?

—Desde luego.

—Pues creo que se ha equivocado usted de Smith.

—¿Usted cree? —dijo Louis vacilando un poco.

—Estoy segura de ello.

—Vamos a ver, ¿No es usted Mary Smith?

—Sí, señor.

—¿No ha comprado usted un sombrero esta mañana en casa de Van Buren?

—Sí, señor

—Entonces es la Smith que busco —replicó Louis satisfecho.

Mary se había sentado en una de las cómodas butacas del dormitorio y miraba muy atenta a su extraño guía.

—Pero, ¿cómo sabía usted que?...

—Su sitio está aquí. Una joven como usted, debe tener un fondo adecuado. Y esto es lo que se llama tener fondo.

Louis, que hablaba tanto con las manos como con la boca, señalaba las habitaciones, los muebles y las cortinas.

—¡Ya lo creo! —respondió Mary cada vez más sorprendida.

—Mire usted por todas partes y no encontrará nada mejor que estas habitaciones.

—Tiene usted muchísima razón, señor Louis, pero escuche: yo no podría pagar lo que usted debe pedir por este departamento. No podría pagar nada de todo esto.

—¡Un momento! ¡Un momento! Esto es lo que usted cree, señorita... pero... ¡eh! le diré algo confidencialmente. La Dirección está dispuesta a hacer algunas concesiones.

—Es usted muy amable, señor Louis, pero incluso que usted...

—Nosotros nos conformamos con menos de la mitad.

—Aunque se conformaran ustedes con menos, no...

—Pero, escuche, escuche...

Mary se había puesto en pie y se dirigía a la puerta.

—...¿cuánto paga ahora usted, señorita?

—Siete dólares.

—No, no, no. He dicho, ¿qué paga usted ahora? Quiero decir de alquiler de habitación.

—¡Siete dólares! Siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...— y Mary iba contando con los dedos—. Sí, con el desayuno que consiste en un huevo.

—Vamos a ver. Siete dólares.

Siete por siete son cincuenta y seis, menos el desayuno, señorita... ¿podría usted pagar?...

—No son siete veces siete, señor Louis. Siete una sola vez. Siete dólares a la semana.

Al oír esto casi se desmayó el hotelero.

—¡A la semana! —exclamó casi sin voz.

—Con el desayuno.

—¡Que consiste en un huevo! Siete dólares a la semana, unas habitaciones con caballo, gimnasio... Impone usted un contrato muy duro, señorita. ¡Siete dólares a la semana!

—Pero, señor Louis, yo no pretendo...

—¡Es suyo! ¡Puede disponer de las habitaciones.

—Pero no quiero...

—¡Son tuyas! ¿Quiere que vaya incluido también el desayuno? ¡Lo tiene!

—Pero, escuche... No quisiera...

—Yo quiero que usted se hospede aquí. ¡Un huevo, dos huevos, tres huevos, aunque se trate de huevos de avestruz! Mandaré un camión a buscar su equipaje.

—No puede ser. Debo una semana de alquiler.

UNA CHICA AFORTUNADA



—Graver, diga al cocinero que el mundo no está hecho de mantequilla.

—Pues vaya usted a freír espárragos.



—¿Qué significa la compra de un nuevo abrigo de pieles?



La secretaria del banquero era una mujer de unos cincuenta años, de aspecto autoritario.

UNA CHICA AFORTUNADA



- Ya sé que es un poco tarde, pero me quedaré un rato a la hora de salida para recuperar lo perdido.

- ¡Oiga usted, Louis! Lleva tres años de retraso con la primera hipoteca; dos con la segunda y ahora la tercera.



- ¡Teme! Para que no pueda decir que nunca le han dado con nada en la cabeza.



- Deseo una habitación con baño.

UNA CHICA AFORTUNADA



Con el auxilio de un cuchillo intentó hacer bajar las monedas.

- Pues, pechuga de gallina de Guinea con jamón de Westfalia.



—Me han dicho en la cocina que el emparedado de filete es magnífico.



— Ha llamado cierta persona, pero ya he despedido.

UNA CHICA AFORTUNADA



—Es posible que mi padre haya hecho alguna de las auyas.

—Jenny, vaya un hijo que seremos!..



—Sí, yo quería que me
la desolvieran.



—¿Ha dicho usted a al-
guien que el señor Bail ha-
bía dicho que el acero iba
a bajar?

UNA CHICA AFORTUNADA

—¡Oh! Bueno, bueno, bueno, lo pagaremos nosotros.

—Pero, eh... ¿por qué? ¿por qué?

—¿Por qué? —dijo Louis en el tono que hablaría un hombre desesperado—. Le diré el por qué. Yo no subo por la escalera de incendios para caer luego en la carbonera. Venga aquí, por favor, venga aquí. ¡Mire!

Louis se situó junto a una ventana y suplicó que Mary se acercara. Desde allí se veía un ala del edificio en cuyas ventanas se encendían y apagaban las luces.

—¿Ve usted como se encienden y apagan las luces?

—Sí.

—Son los botones. Encienden y apagan las luces para que la gente no se entere de que mi hotel es un fracaso, que no tengo ni un solo huésped. Esto, claro está, es rigurosamente confidencial.

—¡Qué lástima, señor Louis! ¡Cuánto lo siento!

—Pero estando usted aquí, tendré a lo menos unas luces que se encenderán y apagarán legítimamente.

—Ya comprendo lo que quiere usted decir.

—Y puede usted también hacerme un pequeño favor.

—¿Qué?

—La próxima vez que vea usted al señor Ball...

—¿A quién? —preguntó Mary muy sorprendida.

—Perdone, no debí haber mencionado ningún nombre —dijo Louis bajando los ojos en manifestación de arrepentimiento—. La próxima vez que vea usted a cierta persona, sin que ahora mencione su nombre, ¿hará usted el favor de decirle lo bonito que es todo esto, y que nuestro servicio es estupendo? ¿Le dirá usted que no quiere marcharse de aquí de ninguna manera?

—¿A quién? —preguntó ella sonriendo ante lo enigmático de la conversación de Louis.

—A cierta persona... ya lo sabe usted.

—¿Adónde?

—¡Pues donde le parezca mejor!

—¡Ah! ¿Usted quiere que yo recomiende su hotel?

—Eso es. Usted ha encontrado las palabras, yo no las habría hallado en diez años. Recomiéndelo... y pronto.

—Muy bien, lo haré lo mejor que pueda.

—Y en voz alta.

—¡En voz alta!—repitió la muchacha.

—Muy bien.

—Muy bien.

—¡Hasta la vista, señorita!

—¡Cielos! Debo estar soñando —dijo Mary para sí en cuanto Louis la dejó sola.

EN EL BAR AUTOMÁTICO

MARY había encontrado unas soberbias habitaciones en el Hotel Louis por siete dólares semanales, incluido un huevo para el desayuno, pero no se había hablado del resto de las comidas. Como que aquel día no había comido, al llegar la noche estaba completamente desfallecida y no poseía más que la moneda de pocos centavos que había encontrado dentro del cerdito-hucha.

No tenía otra solución que acudir a un bar automático y allí ver si conseguía un emparedado y un vaso de cerveza, hasta esperar a la mañana siguiente en que le servirían un huevo para el desayuno.

Cerquita del hotel encontró el bar que buscaba y empezó a mi-

rar todas las ventanillas donde se anunciaba el precio y el plato que vendían. No había ningún manjar que se adaptara a su centavo. ¿Tendría que quedarse sin comer?

Un camarero joven y bien parecido iba sirviendo de una a otra mesa y se fijó en la bonita muchacha que estaba examinando las ventanillas. Por fin se le acercó, y con un aire bastante despreocupado le dijo:

—Señorita, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte?

—No lo creo, porque este año no he asistido al baile de los camareros —contestó Mary con retintín.

—Yo tampoco. ¿Tal vez estuvo usted en el baile de los abogados?

—¿Asistió usted a la recep-

UNA CHICA AFORTUNADA

ción en casa de la señora de Astor, el jueves?

—No, no... pude escaparme a tiempo.

—¡Qué lástima! Estaba muy bien.

—¿De veras? —preguntó el camarero sonriendo con malicia—. ¿Estuvo usted en Florida en febrero?

—Tampoco pude ir.

—Pues, yo tampoco, con que supongamos que no nos hemos visto nunca.

—¡Oh! —exclamó el camarero desconsolado.

Este se había dado cuenta de que, a pesar de que aquella joven llevaba un soberbio abrigo de pieles y un sombrerito muy elegante, no poseía un centavo.

—A propósito, me han dicho en la cocina que el emparedado de filete es magnífico. Sólo cuesta seis centavos y por tres más puede tomar un helado.

—¡Cállese! —dijo Mary, a quien la minuta le había hecho agua la boca.

—Perdone, pero tengo entendido que es parte de mi deber ayudar a los clientes.

—¿Sí? Pues podría ayudarme a encontrar los nueve centavos, quizá entonces admitiría sus su-

gerencias, de lo contrario, es preferible que no me diga nada.

—Perdone, lo siento. ¿Qué le pasa? No tiene ningún...

Mary le mostró el centavo que llevaba en la mano.

—¡Perdone, señorita! Oiga, tengo una idea.

—Déjeme en paz.

Se apartó el camarero y Mary continuó mirando las ventanillas de comida barata. Su centavo no daba más que para unas hojas de lechuga. Las cogió y fué a sentarse con ellos ante una mesa en la que no había nadie.

Al poco rato apareció de nuevo el simpático y entrometido camarero.

—¿Ya está usted aquí otra vez? —dijo Mary.

—Vaya a la ventanilla de los platos calientes...

—¿La ventanilla de los platos calientes? —preguntó la joven sorprendida—. ¿Qué le pasa? ¿Tiene algún defecto en la dentadura?

—He dicho la ventanilla de los platos calientes, señorita. Vaya usted allí, escoja lo que quiera ¿entiende? Yo pasaré por detrás y haré funcionar el chisme. Me permiten que esté detrás.

—Oiga, ¿qué intenta usted

hacer? ¿Que nos metan a los dos en la cárcel?

—No. Yo pondré las monedas cuando me paguen... y usted, algún día podrá devolvérmelas.

—¡Mi hambre no llega a tanto! —contestó Mary con altivez,

—No sea tonta, chiquilla. Las empanadas de ternera son riquísimas.

—Supongamos que le ven abrir el automático.

—Diré que el cacharro estaba atascado. Y... ahora decídase, la esperaré detrás de la ventanilla de las empanadas.

—No, no, de ninguna manera.

Mary permaneció sentada, fijos los ojos en las hojitas de lechuga que tenía en el plato.

A los pocos instantes apareció un caballero que había ido a hacer provisión en la ventanilla de los platos calientes y traía una cena soculentísima. Aquello era el suplicio de Tántalo y Mary no pudo resistir más. Se levantó resuelta a seguir el mal consejo de aquel simpático camarero.

Detrás de la ventanilla de las empanadas estaba el joven esperando.

—¿No hay nadie a la caza? —preguntó Mary.

—Todo va a las mil maravi-

llas. Nos veremos en el mostrador de los helados.

El camarero que había aconsejado a Mary, llevaba pocas horas desempeñando el cargo y, por consiguiente, ignoraba que en el bar existía un vigía que se enteraba de todo lo que ocurría en la planta baja, especialmente junto a las ventanillas automáticas. El lente del vigía había observado los movimientos del camarero y los de Mary. Se había pasado aviso inmediato.

Mientras Mary iba de una ventanilla a otra, alguien se acercaba al camarero. Era un hombre alto y grueso.

—¡Oh! —exclamó sorprendido el muchacho al ver a aquel hombrón tan cerca.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el intruso.

—Se ha atascado la puerta. Quiero decir que este trasto no funciona...

—Ni tú tampoco, chico. ¡Vamos!

Se resistía el joven a ser maltratado por un forastero y le pidió explicaciones. El hombre apartó la solapa izquierda de su chaqueta y sobre el chaleco aparecía la chapa de detective particular.

UNA CHICA AFORTUNADA

—¡Oiga, no de empujones!
—dijo el camarero.

—¡Anda! ¡No resistas, que será peor! ¡No soy tan blando como parezco!

—Esto es lo que usted cree.

—¡Lo creo! —contestó el detective dando un puñetazo al joven que le hizo caer al suelo.

Este atropello fué el principio del escándalo más grande que jamás se ha registrado en un bar automático.

El detective y el camarero, ambos por el suelo, empezaron a pegarse de lo lindo y el segundo, con los pies, cada vez que podía hacia bajar las palancas que abrían las ventanillas de la comida lo hacía.

Pronto se dieron cuenta los clientes de que las ventanillas se abrían solas y que era posible coger los platos que allí se guardaban.

Un joven se puso a gritar:

—¡Eh! ¡Comida! ¡Comida!
¡Venga todo el mundo por comida!
¡Comida gratuita! ¡Vengan todos!

No fué necesario repetir mucho la invitación. Entre los que habían dentro del local y los que pasaban por la calle, atraídos por los gritos que salían del establecimiento, pronto hubo una nube

de gente ante las ventanillas cogiendo toda clase de manjares que luego unos arrebatában de otros.

La lucha para apoderarse de todo cuanto contenía el bar era tremenda y mientras tanto el detective y el camarero seguían pegándose animados por los demás camareros que tenían interés en ver cómo acabaría aquella especie de lucha libre.

Un vivo que no había sabido apoderarse más que de la sal y la pimienta, tuvo una idea genial.

Púsose sal y pimienta en la mano, una buena cantidad, y luego se situó ante el ventilador, dejando que la picante mezcla se esparciera por toda la sala. Los estornudos y la picazón en los ojos causó estragos. Muchos abandonaron la comida y el camarero que por fin había vencido al detective en buena lid, salió disparado arrastrando a Mary con él.

Una vez en la calle Mary se atrevió a interrogar a su extraño y desconocido protector.

—¿Quiere decir que ha perdido el empleo?

—Sí, esto es lo que quiero decir. De todos modos no tenía allí ningún porvenir. Trabajaría vein-

te años como un negro y siempre estaría detrás de las ensaladillas.

—Sí, claro, pero es terrible. Esto es... terrible. ¿Tiene usted algún dinero ahorrado?

—¿Dinero? No.

—¿Ve usted? Mientras se trabaja debe ahorrarse algún dinero y así cuando uno descansa, puede comer.

—Sí... como usted.

—No, no como yo, porque cuando usted tenga hambre, ningún camarero perderá el empleo para darle de comer.

—En esto tiene usted muchísima razón.

—Salta a la vista. ¿Tiene dónde ir a dormir?

—Sí, claro...

—¿Dónde?

—En la Avenida del Parque.

—¡Ah! Querrá decir en los bancos del Parque.

—Bueno, en el Parque. Supongamos que un hombre vaya al parque a...

—Creo que será mejor que venga conmigo al Louis y allí hablaremos.

—¿Al Louis? ¿Tú vives en el Louis? —dijo el camarero pasando al tuteo con toda naturalidad.

—¡Claro!

—Entonces, ¿qué hacías en el automático?

—Intentaba comer...

—¡Oh!

—Muy original, ¿verdad?

El camarero había conseguido hacerse con su chaqueta y sombrero al salir del automático y su aspecto era ahora el de un joven muy bien parecido que sabía llevar bien la ropa. Mary le observaba con tanta curiosidad como él a ella sin llegar a poderse situar mutuamente.

EN EL HOTEL LOUIS

LEGARON ambos al Hotel y Mary le hizo pasar en el lujoso departamento, dispuesta a recomendarlo a su nuevo conocido, tal como deseaba que hiciera el señor Louis.

—Esto es la cocina...

—Aguarda un momento, ¿Por qué te dijo el hotelero que deseaba que vivieran aquí?

—Dijo que las luces de sus ventanas eran ilegales, y que si yo venía a vivir aquí, todo estaría bien, o algo así. Ni siquiera había lo que quería decir.

Mary pasaba de una habitación a otra imitando la palabrería de Louis cuando le enseñó a ella las habitaciones.

—Nevra de gas —dijo Mary.

—¿Qué?

—Dicen que funciona con gas, pero no lo creemos.

—¡Oh! —exclamó el joven al entrar en el soberbio dormitorio.

—Es el dormitorio, ¡Magnífico! ¿Eh?

No sabía aquel muchacho de su asombro al ver la instalación que le enseñaba la bella desconocida.

—¿Estás segura de que el hotelero no te dijo nada más?

—Dijo que debería recomendar el hotel a todos los que encontrara, y tú eres la primera persona que he encontrado. Por esto te he traído aquí en seguida. ¿Qué te parece?

—Todo me parece muy extraño —contestó el joven refiriéndose al hecho de que una señorita

sin un centavo estuviera tan bien instalada.

—Mira... cristales inastillables. ¡Son de verdad! El quinto salón, eh, bonito, ¿no? Luego el señor Louis me habló de decir algo a alguien, pero luego agregó que no debía mencionar nombres, y que lo sentía mucho, o algo así, no lo sé.

—¿El hotelero te habló así?

—Sí, el señor Louis. Creo que el hombre está medio loco.

—No, no, no, no. ¿Qué nombre mencionó y luego dijo que no debería mencionar?

—Algo así como... Bull.

—¿Bull?

—Sí.

—Es curioso. Yo me llamo Ball.

—Esto es todavía más curioso.

—¿Qué?

—Era éste.

—¿Este qué?

—El nombre que dijo.

—¿Ball?

—Sí.

Era temprano todavía cuando el banquero Ball se retiró a su casa donde no habían más caras amigas que las de los criados.

El mayordomo se dirigió a él con una reverencia.

—¿Se acuesta temprano, señor?

—¿A usted qué le importa!

—¿Oh, no hay cosa mejor en una noche aburrida! ¿No desea el señor nada más?

Ball empezaba a subir la escalera para dirigirse a su dormitorio. Se paró en el cuarto peldaño.

—Graves, ¿qué equipaje se llevó la señora?

—Doce baúles, diecisiete maletas, tres cajas de joyas y un paraguas, señor.

—¿Para qué un paraguas en Florida?

—También le consideré extraño, señor. ¿No desea usted nada más?

—¿Ha venido mi hijo?

—Todavía no, señor.

—¿Qué se ha llevado él?

—No se llevó nada, señor, absolutamente nada.

—¿Idiota!

—¿Cómo? —interrogó el mayordomo alarmado.

—He dicho que mi hijo es un idiota.

—¿En efecto! Se nos había pasado por alto. ¿Desea el señor algo más?

—No... digo sí. Arrégleme una maleta y llévela al club. Esta casa se me hace insostenible.

—Muy bien, señor.

—No, espere un momento.

UNA CHICA AFORTUNADA

He variado de opinión. El club está más muerto que esto. Lleve la maleta al Ritz.

—Muy bien, señor.

—No, no. Un momento. Espere, espere. Será mejor que la lleve al Hotel Louis.

—Sí, señor.

—Al Louis, ¿ya sabe?

—Sí, señor.

—Subió Ball a su habitación para recoger algo y mientras ascendía la escalera, dijo para sí:

—¡Louis se caerá muerto!

DE SORPRESA EN SORPRESA

MARY y su camarero ya lo habían recorrido todo y se pararon en el baño, cuya pila la constituía una enorme concha rematada por una estatua.

—¿Encuentras por dónde sale el agua? —preguntó Mary.

—No.

—Dijo Louis que este era el baño, pero no sé lo que se podría lavar aquí.

—¡Un elefante!

—¿No encuentras ridícula esa estatua ahí arriba con las manos extendidas? Supongo que ella tampoco debe saber por donde sale el agua. ¡Qué va a saber!

El joven iba examinando todos los resortes y vió unos pececillos

a los que dió varias vueltas, y al instante empezó a salir agua de distintos chorros, lo que proporcionó una soberbia ducha a los dos curiosos.

—¡Oh! ¡Ciérralo! ¡Oh!

Mary dió un salto para huir de los chorritos de agua que ya la habían alcanzado, y su compañero hizo lo mismo, pues no podía cerrar los grifos que tanta maña se había dado en descubrir.

—¿Con que para bañar elefantes? —dijo Mary.

—Vaya una bromita.

Como que hablaban animadamente no se dieron cuenta de que alguien llamaba a la puerta. Se repitió la llamada.

—¿Qué es eso?

—Es el timbre.

—¡ Oh ! ¡ No quisiera que te encontraran aquí !

—¡ Oh !

—¡ Escóndete en algún sitio !

—¡ No, no puedo salir !

Se introdujo el joven en el baño y Mary fué a abrir la puerta.

La sorpresa no podía ser más grande. Allí estaba el modisto Van Buren acompañado de un empleado que llevaba a Mary varios vestidos de noche, sombreros, blusas y otras prendas de vestir.

—No se espante, señorita — dijo el modisto—, soy yo. ¿ Quiere usted coger el abanico ?

—¡ Oh ! ¡ Hola !

—Quiero que se pruebe este vestido de noche, sin compromiso de ninguna clase. Al fin y al cabo, usted sabe perfectamente que es mi descubrimiento.

—Muy bien — dijo Mary recogiendo todas las prendas que le entregó Van Buren y entrándolas en sus habitaciones.

—Adiós, señorita.

—Adiós.

—Hasta la vista — dijo el modisto.

Mary y su compañero examinaron todo cuanto había traído Van Buren, y el joven exclamó :

—Ya verás como aquí hay gato encerrado.

—¿ Ahora te das cuenta ?

El joven que acompañaba a Mary no era otro que el hijo del banquero Ball, quien después de la discusión sostenida con su padre a la hora del desayuno había buscado aquel raro empleo para demostrar a su padre que era capaz de ganarse la vida.

La presencia de la joven en el Louis le sorprendió extraordinariamente, tanto más cuanto él sabía que su padre era el capitalista de aquella empresa. No obstante, no dijo nada y esperó que los acontecimientos se explicaran por sí solos. Admiró a Mary desde el momento en que la vió en el automático, y a medida que la trataba la encontraba más interesante.

Los acontecimientos en el bar habían privado a Mary de comer y continuaba con el mismo apetito que dos horas antes. La distrajerón los vestidos que le había llevado Van Buren y decidió ponerse uno de noche para estar en carácter, puesto que se hallaba en un hotel de primer orden.

Louis estaba en su despacho hablando con el periodista Wallace a quien explicaba el caso de Mary y Ball, a su manera.

UNA CHICA AFORTUNADA

—¿Por qué no quiere publicar una gacetilla sobre esto en su diario, señor Wallace?—preguntaba Louis.

—Porque no lo creo —contestaba el reportero.

—En primer lugar es verdad, y en segundo lugar ella se hospeda aquí..., en el propio Hotel Louis, el hotel donde se reúne la gente bien.

—Yo no sé a quién tiene usted aquí, pero le aseguro que Ball no es el hombre de comprar abrigos de pieles a ninguna jovencita. Si esto fuese cierto yo sería el primero que le sabría.

—Pues yo le aseguro que sí. La chica está arriba y he visto el abrigo de pieles y sombrero comprado en casa de Van Buren. Usted no será capaz de comprar un abrigo de pieles a una chica guapa, pero Ball, sí.

—¿Que yo no soy capaz de... qué? —dijo el periodista de muy mal humor.

—Usted no sabe una palabra de lo que ocurre en Nueva York, por muy periodista que sea.

—¿Que yo no sé lo que pasa en Nueva York?

—¡No sabe nada!

—Usted ha perdido el contacto con el gran mundo...

—¡Oiga usted, besugo imbécil!

—¿Cómo ha dicho?

El administrador abrió la puerta y dijo:

—Silencio... El señor Ball está en el vestíbulo, señor Louis.

—¿El señor Ball?

—Sí.

—¡Oh! exclamó el periodista medio desmayado ante la realidad que se presentaba en forma del banquero Ball.

Se hallaba éste ante el mostrador golpeándolo nerviosamente con los dedos.

—¿Cuánto tiempo se necesita en este hotelucho para obtener una habitación?

—¡Oh, señor Ball! —dijo el hotelero saliendo de su despacho y derrochando saludos. ¡Dichosos los ojos que le ven por aquí!

—Quiero una habitación con baño.

—Vamos a ver... Las habitaciones imperiales ya están ocupadas. Deme las llaves de las reales.

—No quiero habitaciones reales, me basta una con baño.

—Muy bien. Deme la llave de las habitaciones del príncipe Pilsen.

—He dicho que no quiero ha-

bitaciones principescas.. Quiero una habitación con baño.

—Pero una habitación con baño no puede estar en la torre.

—¿Para que necesito yo estar en la torre?—casi gritó Ball.

—No me diga que no quiere estar al lado de las habitaciones imperiales —dijo Louis sonriendo maliciosamente.

—¿Para qué?

—Deme la llave de una habitación doble corriente.

—¡ Con baño !

—Naturalmente, con baño. ¿No irá usted a pensar que usamos regaderas?

Ball no rió la gracia.

—Perdone, sólo ha sido una broma. Pase usted, señor Ball.

Subieron en el ascensor en busca de la reclamada habitación y durante la ascensión Louis no dejaba de hacerse agradable a su capitalista.

—Es un placer inesperado tenerlo entre nosotros, señor Ball.

—Sólo he venido al entierro del hotel.

—Sí, pero es el último cadáver el que ríe más tiempo.

Llegaron en el mismo piso en que se hospedaba Mary, pues nadie hubiese sido capaz de convencer a Louis que la presencia de Ball en su casa obedecía sim-

plemente a la de Mary en aquel hotel, y se disponía a colocarle en una habitación contigua al departamento de la joven, cuando esta apareció en el pasillo, muy bonita, luciendo el vestido que acababa de llevarle Van Buren.

—Señor Louis, le estaba buscando. ¿Cómo? —exclamó Mary al reconocer en el acompañante del hotelero al señor que le había dado el abrigo—. ¡Hola, Papá Noel!

Louis no tenía bastantes ojos para registrar los semblantes y las expresiones de los dos protagonistas de su historia al momento de encontrarse.

—¿Qué tal? —dijo Ball contestando muy amable al saludo de Mary. ¿Cómo le van las cosas?

—Muy bien.

—¡ Ah, se conocen ustedes !— dijo Louis con cara inteligente.

—Sí —repuso Mary.

—¡ Vaya, vaya, vaya ! —murmuró Louis frotándose las manos.

—¿ Vive usted aquí ? —preguntó Ball un poco sorprendido.

—Sí, sí, vivo aquí. El señor Louis me hizo un precio especial.

—Con desayuno.

—Sí, un huevo... y por esto

UNA CHICA AFORTUNADA

precisamente quería hablarle, señor Louis. ¿Me gustaría saber si podrían darme el huevo ahora, en vez de por la mañana.

—¿Quiere decir ahora?

—Sí.

—¿No cree que una cena sería más apropiado? —se atrevió a sugerir el banquero.

—No creo que tenga derecho a la cena —dijo Mary.

—¡Derecho! ¡Claro que tiene derecho? —exclamó Louis—. Pida usted lo que quiera y se lo llevaremos volando. ¡Ernesto! ¡Ernesto! Tome un encargo. Vamos a ver... creo que debería usted tomar... ¿Langosta a la Financiera?

—¡No, no, no! —dijo Ball—. ¡A esta hora, de ninguna manera! ¿Tiene gallina de Guinea?

—Sí.

—Pues, pechuga de gallina de Guinea con jamón de Westfalia —recomendó Ball.

—Y una ensaladilla de naranja y aguacate —propuso Louis.

—Tampoco —rugió Ball—, lechuga y remolacha, y no se olvide de las trufas con la gallina de Guinea.

—Lechuga y remolacha —repite Luis—, pero... ¿me permi-

ten una proposición? ¿Una botellita de vino 1923, si le parece?

—No, me parece que no. Creo que debería ser «George Goulet 1919» —insistió Ball.

Mary escuchaba sin proferir palabra. Desde la mañana que sólo le ocurrían cosas extraordinarias. Ya vería en lo que todo iba a parar.

—¿Con la gallina de Guinea, ese vino? —preguntó Louis.

—¡Ya lo he dicho! —gritó Ball.

—¡Y una sorpresa para postre! ¿Tiene usted mucho apetito, señorita? —preguntó Louis.

—Sí, muchísimo.

—Ernesto —ordenó Louis—, sirva para dos en las habitaciones imperiales... y dese prisa.

Ball se había quedado un momento observando a Mary mientras ésta desaparecía en su habitación. Louis no perdía el más pequeño detalle.

—No se preocupe, señor Ball, Ernesto cuidará de todo. ¿Vamos al noveno piso?

Louis y el banquero entraron de nuevo en el ascensor.

El reportero Wallace que había visto con sus propios ojos a J. B. Ball encargar una habitación en el Louis y sabía por el propio-

tario que allí estaba instalada una jovencita que por la mañana había ido de compras con el banquero, no necesitaba más datos para dar la noticia a su diario. Corrió a la cabina telefónica.

—¡Oiga! ¡Oiga! «¿Chismes de Ciudad?» Quiten ese maldito suceso de Leisendorf y empiecen con: «Importante financiero internacional... No, pónganlo así: ¡Noticia de última hora! Importante financiero internacional abandona su familia y se instala misteriosamente en el Hotel Louis.

Mientras Louis y el banquero iban en el ascensor, el segundo preguntó:

—¿Cómo se llama esa señorita?

—¿Cómo se llama esa señorita! —exclamó Louis pasmado del aplomo de Ball—. Se llama Mary Smith.

—¿Smith?

—¡Exacto! —contestó Louis sin saber dónde mirar.

—Creí que se llamaba Jones.

—¡Qué diplomático! —murmuró Louis.

La minuta tan discretamente elegida por Ball padre, fué de-

vorada por Mary y Johnny Ball con gran alegría.

—Es una de las cenas más exquisitas que he cenado. ¿No se dice así? —dijo Johnny.

—Como las mil y una noches o algo así, con la excepción de que tú no tienes aspecto de príncipe encantador —repuso Mary.

—Hace años teníamos un cocinero que guisaba la gallina de Guinea así. Es uno de los platos favoritos de mi padre. ¡Pobre hombre!

—Entonces debió ser bastante rico.

—¿Quién?

—Tu padre. Digo, si teniais cocinero y todo eso.

—¡Ah, sí!

—¿Hace tiempo que ha muerto?

—¿Quién, el cocinero? No. Creo que regresó a Bulgaria o Rumania o algún sitio de esos.

—No, no; quiero decir tu padre.

—¿He dicho que había fallecido?

—Has dicho: ¡Mi padre, pobre hombre!

—Pero no se necesita estar muerto para ser un pobre hom-

UNA CHICA AFORTUNADA

bre. Ni siquiera se necesita ser pobre.

—Entonces yo no iría diciendo ¡pobre hombre! para despertar la compasión de las gentes.

—Yo no intentaba despertar la compasión de nadie. Creo que un hombre tiene derecho a pensar en su familia de vez en cuando, así es que cuando dije ¡pobre hombre!

—¿Qué vas a buscar por la...

—Cuando dije ¡pobre hombre!

—...¿mañana? ¿Qué clase de empleo?

—¡Ah, no lo sé! ¿Qué propones?

—Pues, yo creo que aspiraría a algo mejor. ¿No sabes hacer otra cosa que servir en las mesas?

—Ni siquiera se servir la mesa. Lo único que se hacer es quitar los platos.

—¿No has estudiado para nada?

—¿Qué, por ejemplo?

—¿Qué te diré yo? Dentista, por ejemplo, o algo parecido...

—No...

—Pues, ¿cómo pensabas abrirte paso cuando fueras mayor? ¿Cómo pensabas pasar las horas?

—No necesitaba estudiar para pasar el tiempo. Cualquiera cosa me entretenía. Pasaba el tiempo sin sentirlo... y si el tiempo se descuida lo paso yo a él.

—¡Oh!

—Claro que siempre soñé con que me dejaran hacer algo. Tenía la seguridad de conseguir algo bueno..., y creo que ya lo he conseguido: conocerte a ti.

—¡Cállate!

—A pesar de los portazos tuve suerte de haber obtenido aquel empleo y fué una suerte que vinieras al automático.

—Yo también tuve suerte.

LA NOTICIA SENSACIONAL

Al día siguiente «Chismes de la Ciudad» apareció con la noticia del «Financiero internacional» y, en según qué círculos, no les costó mucho trabajo deducir que se trataba de J. B. Ball.

Los criados del banquero desayunaban alegres y tranquilos, pues solamente el señorito Johnny se había presentado a dormir, y comentaban la noticia chismosa que el mayordomo acababa de leer en el diario.

—Muchas cosas están claras hoy, que antes aparecían muy oscuras —comentó el mayordomo, ante la aprobación general del resto del servicio.

El efecto de la noticia en otros ambientes daba por resultado que

más de una pareja quiso cambiar de hotel.

—¿Qué defecto tiene este hotel? —preguntaba un marido a su esposa.

—Ya no está de moda. Observarás que cuando J. B. Ball se instala en el Louis, es que allí va gente distinguida.

Las peticiones de habitación en el Louis empezaron a formularse desde primera hora de la mañana, y el administrador ya no daba abasto.

Los dos teléfonos de la habitación de Mary tampoco descansaban un momento.

Medio dormida todavía, cogió el aparato.

—¡Diga! ¡Diga! Sí, soy yo. Quien había llamado era la

UNA CHICA AFORTUNADA

Compañía General de Automóviles que ofrecía sus servicios a Mary Smith.

—¿Qué quiere usted hacer?
¿Si he hecho qué? ¡Oh, no!
Nunca he conducido ninguno.
No, no, no, teníamos un Ford.
Sí, sí. Bueno, supongo que ahora son distintos. ¡Oh! ¿Y por qué quiere usted hacer esto?
¡Ah, bueno! Si usted lo dice.
Sí, pero escuche, incluso si me gustara tenerlo, para qué usaría yo... Pero, señor, usted... escuche, incluso que me gustara tener un coche, para qué usaría yo dos... Muy bien, muy bien, puede ponerle dos conductores si esto le hace feliz. ¿Rosa? Pues el color que usted quiera. Está bien, está bien.

La presencia de Mary en el Louis era conocida ya de todos los propietarios de las mejores tiendas de la Quinta Avenida y desde primera hora de la mañana se apresuraron a ofrecer su mercancía a la que se imaginaban protegida por el banquero Ball.

Una nueva llamada turbó el sueño de Mary.

—Sí, sí, sí, aquí la señorita Smith. Bien, bien, magnífico. ¿Y cómo ha dormido usted? ¿Con quién hablo? Tendrá que repetirlo. ¿Cómo dice? ¡Oh! Co-

rray. Sí. Sí, sí, lo he recibido. Sí, sí, pero no. No de éstos aún no tengo. Lo siento. ¿Qué es lo que ofrece usted? Es muy amable, pero no necesito joyas. No.

Mary se disponía a seguir descausando, pero una nueva llamada interrumpía su sueño.

—¿Diga? Sí, sí, soy yo. Por favor, no haga usted esto, no me mande nada. ¿Cómo sabe usted que no voy a robarle? Podría escaparme con las joyas. No, no quiero ninguna, ya tengo mi abrigo de pieles. Escuche, caballero, acabo de despertar y me gustaría tomar un baño, sí. He dicho que quiero tomar un baño. Oiga, si al menos me diera usted tiempo para despertarme. He dicho que quiero lavarme los dientes. Muy bien, muy bien.

Abandonó Mary la idea de seguir durmiendo ante las intempestivas llamadas telefónicas y fué a arreglarse para continuar aquella vida de cuento de hadas que estaba llevando desde la mañana anterior.

Una vez arreglada fué a recibir a los distintos vendedores que habían en el primer salón, entre los que se hallaba Van Buren.

Johnny Ball no tardó tampoco en venir y llegó alegre y sonriente saludando a todos.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

Iba Johnny cargado de paquetes que entregó a Mary.

—Todo esto es para ti, me lo han entregado en el mostrador.

El teléfono llamó nuevamente.

—Contesta tú Johnny y díles que estoy haciendo crucigramas.

Johnny Ball cogió el aparato y adoptando el tono de voz de un criado que sabe bien su obligación, dijo:

—La señorita... ha salido de caza, digo mal, ha salido a caballo. ¿Eh? ¿Cómo dice usted? He dicho a caballo, un caballo, la especie equina. Ya comprendo, supongo.

Aquella mañana fué memorable en los anales del Hotel Louis. La gente acudió en tropel pidiendo habitaciones. Tanto Louis como su administrador no podían abandonar el aparato telefónico, tan constantes eran las llamadas.

En un momento que Louis contestó al teléfono le pidieron una habitación grande.

—¿Qué es eso de que quiere una habitación grande? ¡Tomará usted la que podamos darle!

Por más que Louis hubiese soñado que su plan iba a dar re-

sultado, el éxito obtenido rebasaba todos los cálculos.

Una nueva llamada telefónica.

—¿Diga? ¿Diga?

Era una voz masculina que pedía información acerca de Mary Smith.

—No, no, no, no. Aquí no damos informaciones sobre nuestros clientes. ¿Se ha creído usted que esto es una agencia de informes?

Louis colgaba el aparato y observaba aquel vestibulo atestado de clientes, equipajes que entraban, las gentes se saludaban, satisfechos de hallarse en el mismo ambiente de los millonarios.

Una vez más tuvo Louis que acudir al teléfono.

—¿Diga?

—¡Oiga, oiga, oiga! ¿Es usted Louis? Hablo desde el tren, soy la esposa de J. B. Ball...

—¿Cómo dice?

—Quiero que me dé información acerca de...

—Lo siento, señora, pero... me parece que se ha equivocado usted de Louis.

Colgó éste el aparato antes de que su comunicante pudiera insistir, pues no tenía ningún interés que la esposa de Ball le arruinara el negocio ahora que empezaba a funcionar un poco.

UNA CHICA AFORTUNADA

En aquel momento apareció Ball en el vestíbulo. Louis corrió hacia él.

—¡Buenos días, señor Ball! ¿Ha pasado usted buena noche?

—¡Buenos días! —contestó el banquero.

Cambiado el primer saludo, Louis bajó la voz hasta llegar a un tono misterioso y dijo:

—Ha llamado cierta persona, pero la he despistado.

—¿Qué dice usted, Louis? —preguntó el banquero sorprendido ante tanto misterio.

—Su media naranja. Acaba de hacerme una llamadita por teléfono, pero la he dejado completamente desconcertada.

—Pues a mí también me deja completamente desconcertado —contestó Ball sospechando que el éxito del hotel había trastornado a Louis.

BUSCANDO EMPLEO

JOHNNY y Mary estaban desayunando pacíficamente en la tercera sala de recepción y mientras tanto ella leía los anuncios para encontrar un empleo, pues ya sabía que no podía vivir sin hacer nada. Por otra parte también estaba cesante Johnny, y mientras no tuvieran trabajo no podían pensar en nada.

—Escucha este anuncio Johnny: «Camarera para salón de té, doce dólares semanales y propinas. Debe ser lista y simpática».

—Muy bien. Tú reúnes estas condiciones.

—Gracias, Johnny. Vamos a ver otro anuncio: «Aprenda a tatuar». No me interesa esto.

—Aquí veo otro anuncio —dijo Johnny—, es algo que yo puedo hacer. «¿Tiene usted disgustos? Llévelos al Consultorio Profesional. Un dolar cincuenta centavos la hora».

—¿Qué es esto?

—Aquí está, aquí mismo, en blanco y negro. Esto es mejor que ser camarero del automático.

—No lo sé, Johnny. No creo que quieran consultarte nada.

—Bueno, debe existir alguna clase de empleo para los que no sabemos hacer nada.

El timbre de la puerta cortó la conversación. Johnny iba a levantarse para abrir.

—No, Johnny, termina el desayuno. Yo abriré.

Mary abrió la puerta y vio a un caballero de mediana edad con abrigo, bombín y lentes.

—Señorita Smith. Soy E. J. Hulger y Compañía, Agentes de Bolsa, con representantes en todo el mundo.

—¿Qué?

—Quiero que gane algún dinero y la mejor manera es con el acero. ¿Sube el acero? ¿Baja el acero? Esto es todo lo que hemos de saber. Quisiera que ganara usted mucho dinero.

—Pues, esto es magnífico—dijo Mary—. siga usted, siga.

—Siga usted, ¿y qué?

—Bueno, siga y diga lo que sea.

—Pues, lo que sea, esto es por lo que he venido a verla. ¿Debo comprar o vender?

—¿Por qué no sigue su propio criterio?—repuso Mary muy decidida.

—Es lo único en el mundo

que no quiero seguir. Pero si usted pudiera averiguar lo que él piensa del asunto... si pudiera sonsacarle, entonces sabríamos qué hacer.

—¿A quién he de sonsacar?

—¡A él!

—¿Quién es él?

—J. B.

—¿J. B.?—repitió la joven cada vez más extrañada.

—¡El señor Ball!

—¡Ah, se refiere a mi amigo Johnny Ball! Pues se lo voy a preguntar, pero estoy segura que no sabe absolutamente nada de esto.

—¿Está él aquí? preguntó un poco asustado el representante de E. J. Hulger y Compañía.

—Sí, está desayunando—contestó Mary con toda naturalidad.

—Entonces me esperaré en el pasillo.

—¿Y por qué quiere usted saber esto?

—Le ruego que no mencione mi nombre.

—Le aseguro que lo he olvidado—contestó Mary riendo y se retiró hacia la sala de recepción donde estaba Johnny todavía examinando el diario.

—¡Mira, mira! «Corbatas de esponja y goma, tienen aspecto de cuero y duran como el hierro».

UNA CHICA AFORTUNADA

—Johnny, Johnny, hay un hombre ahí fuera que quiere saber que es lo que tú piensas del acero.

—¿Corbatas de acero?

—No, no, simplemente del acero. ¿Sube o baja?

Johnny Ball nunca se había preocupado de los asuntos bancarios de su padre, pero sí había oído conversaciones sobre alzas y bajas de ciertos materiales, sin que a él le importara nada un comino, pues siempre que había necesitado dinero su padre se lo había proporcionado.

—¡Ah! Dile que baja,

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre me lo dijo. Ya ve-tás, cuando parece que va a llover, el mercado de valores baja, lo mismo que el capuchón del fraile.

—¿Estás seguro?

—Sí, mujer, estoy segurísimo.

El tono no podía ser más convincente y Mary contestó.

—Bueno, bueno, voy a decir-selo.

Salió nuevamente al pasillo y apareció el hombrecillo la mar de curioso.

—¿Qué le ha dicho?

—Dice que baja.

—¡Caramba! ¡¡Caramba!!
¡Baja, baja, baja!

Murmurando esta palabra que había de ser fatal para Johnny Ball, el representante de E. J. Hulger y Compañía se dirigió al ascensor. El ascensorista sólo entendió que aquel señor decía: Baja.

—No, señor, sube al quinto piso.

PANICO EN LA BOLSA

J. B. Ball había reunido a sus socios en el despacho y les aseguraba que el acero subiría.

—Es la oportunidad que hemos estado esperando, caballe-

ros. ¿Han ganado ustedes? El acero está subiendo. ¿Por qué son tan importantes los envíos de mineral? No jueguen con esto. ¿Por qué sube tanto el hierro en lingotes? ¿Qué significa que el

acero es más escaso que los dientes de gallina?

—¿Tiene usted un alfiler?
—preguntó uno de los socios de Ball.

—¿Qué? No. Les digo que el acero...

Cuando el representante de E. J. Hulger y Compañía llegó a sus oficinas, llamó a su taquígrafa y le dictó la siguiente carta:

—...que el acero habrá de sufrir una gran baja. Doble punto de admiración. Esta es la oportunidad más grande que hayan tenido los clientes de E. J. Hulger y Compañía, de participar en una información anticipada del perito en acero más importante del mundo. Triple punto de admiración.

Los socios de Ball se habían retirado y el banquero llamó a su secretaria Lillian para dictarle la correspondencia.

—¿Se acuerda señor Ball de sus entrevistas con el señor Salmón de Londres, el señor Jones y lord Baver?

—Muy bien, muy bien... ahora tome una carta. Señor W. W. Johnson, Fiscal del Tribunal de... ¿cómo se llama? Bueno, es igual, diríjala al Hotel Empire, Boston. Querido Wifredo, esto es, querido Wifredo...

Mientras dictaba, Ball miraba el aparato telegráfico que iba transmitiendo las cotizaciones del acero. Las cifras que aparecían no eran las que esperaba.

—Querido Wifredo —repitió la secretaria.

—No me dé prisa, Lillian. ¡Ahora! ¿Dónde estaba?

—Querido Wifredo... ¡Oh! ¡Oh! —estas exclamaciones iban dirigidas a los números que transmitía el telégrafo.

—Continúa, Lillian, Querido Wifredo: estoy verdaderamente ocupado y preocupado. Ponga sólo preocupado.

—Preocupado —repitió la secretaria.

—No, no, sólo ocupado. Quiero que escriba esta carta en papel sin membrete. ¿Tenemos papel en blanco?

—Si no tenemos podemos comprar —dijo Lillian muy seria.

—Muy bien... pero no quiero dejar de escribirte...

—De escribirte...

—Esto ya lo he dicho... para enviarte mi solución a tu crucigrama. Es la palabra «bolero».

—Boliche —aclaró Lillian.

—Eso es, eso es. ¿Cómo lo sabe?

—Claro que lo sé.

—Muy bien, boliche es la cla-

UNA CHICA AFORTUNADA

ve. ¿Qué es esto? ¡Baja el acero! Dígale al mozo que venga. Por otra parte, amigo Henry... Oiga, el acero está demasiado bajo. Compre mil en la Bolsa.

—Mil aceros —repitió Lillian.

—Diga al señor Hyde que entre —pidió Ball.

—Busquen al señor Hyde —pidió Lillian por teléfono.

—Por otra parte, amigo Henry —continuó dictando el banquero—, por otra parte... ¡Cinco puntos más! Diga a ese tío que no le pierdan de vista.

—Diez más y vigílelo —repitió la secretaria por teléfono al que estaba tomando las órdenes que daba Ball, al mismo tiempo que dictaba una carta particular.

—¿Ha llamado al señor Hyde, Lillian?

—Sí, señor.

—Póngame con Kirk y Compañía.

—¿Oiga, oiga? ¿Kirk y Compañía?

Ball, presa de sus nervios, no sabía lo que se decía.

—Por otra parte amigo Henry... es... es...

—El nombre de su amigo no es Henry, señor Ball —objetó la secretaria.

—Cómo, ¿no es esa la segunda solución del crucigrama?

—Kirk y Compañía al teléfono, señor Ball.

—¡Oiga, oiga, quiero hablar con el coronel!...

Mientras el banquero esperaba a que el coronel se pusiera al aparato preguntó a su secretaria.

—¿Usted no cree que Henry es la solución a la segunda horizontal?

Antes de que Lillian pudiera contestar, el coronel acudió al teléfono.

—Hay alguien que intenta hacer de las suyas, coronel. Si creen que pueden tomarme el pelo, están locos. Oiga, Kirk, aquí Ball. Quiero cincuenta aceros. ¿Qué? No, no, cincuenta mil... Sí. Bien. ¿Dónde está Hyde?

—Está en la peluquería —informó Lillian.

—Siempre está en la peluquería cuando se le necesita... dígame a ese idiota de mi parte que sí...

En aquel instante se abrió la puerta y apareció un hombre con la cara a medio afeitarse y la toalla al cuello.

—¡Oh! —exclamó Ball—. Ha escogido usted un buen momento para cortarse el pelo.

—Sólo ha sido un momento, estaba...

—No me interesa dónde esta-

ba. Si prestara más atención al mercado de valores y menos a su cabello...

—Está usted injusto, señor Ball...

—No me llame señor Ball. Compre cincuenta más.

—Cincuenta más —repitió la secretaria.

—Y ahora lárguese a la Bolsa que es donde debía estar —gritó Ball.

—Bueno; pero, pero ¿qué hago con mi pelo?

—No me importa nada su pelo. ¡Fuera de aquí!

—¿Es que ocurre algo? —preguntó el asustado Hyde.

—¿Por qué no va a enterarse?

Salió disparado del despacho donde quedó Ball con su secretaria a quien daba órdenes, dictaba cartas y gritaba sin hacer nada en concreto.

La escena que tenía lugar en las habitaciones imperiales del Hotel Louis era completamente distinta de la que se acaba de narrar. Mary se veía asediada por joyeros y modistas que querían venderle sus mercancías, suponiéndola con medios para ello debido a la amistad que Van Buren había creído existía entre ella y el banquero Ball.

—Señorita Smith, la llaman al teléfono.

Tomo Mary el aparato y oyó una voz desconocida que le hablaba.

—¡Oiga, oiga! ¿Estamos solos? Quiero decir, ¿puede usted hablar sin que la oiga «alguien»?

—Sí, sí —respondió Mary intrigada.

—Bien, pues acaba usted de ganar dieciocho mil dólares...

—¿Dieciocho mil dólares? ¿Qué quiere usted decir? ¡Dieciocho mil dólares!

—Sí, señorita; E. J. Hulger y Compañía, sus informes han surtido efecto. Ha ganado en la operación dieciocho mil dólares. Dos veces nueve. Llámeme en seguida si obtiene algún otro dato de interés. ¡Adiós!

—¡Oh! ¡Espere! —dijo Mary, pero el bolsista ya había colgado el aparato.

Corrió Mary hacia donde estaba Johnny.

—¡Oye, oye!

—¿Qué ocurre —preguntó el joven alarmado.

—Voy a comprarme un perro, uno de aquellos grandes, peludos, Johnny, con un flequillo que que le cubra los ojos.

—¡Mary, Mary, Mary!

—Ya sé que tienen pulgas,

UNA CHICA AFORTUNADA

pero no importa. Toda la vida he deseado tener un perro así.

—¡Déjate de tonterías!

—¡Johnny! Acabamos de ganar dieciocho mil dólares. Nueve mil para mí y nueve mil para ti... Un perro, uno de aquellos grandes, peludos, Johnny.

El joven Ball tomó el pulso de Mary.

—¿Hay médico en el hotel?

—preguntó alarmado.

En la oficina de Ball la nerviosidad y la locura seguían en aumento ante la baja del acero.

—¡Cincuenta más! —gritaba el banquero.

—¡Cincuenta! —repetía la secretaria por teléfono transmitiendo la orden.

—¡Veinte más!

—¡Veinte más!

Uno de los socios de Ball había acudido al despacho.

—Póngame con Kirk y Compañía —ordenó Ball.

—No lo creo prudente, Ball —objetó su socio.

—¡Oh, cállense!

—No queremos comprar más —dijo el socio.

—¡Cállense! ¡Oiga! No, no se lo he dicho a usted Kirk, oiga... Escuche, sí, muy bien, compre todo lo que pueda conseguir.

—Creo que es una imprudencia —dijo el socio.

Otro de los socios de la banca acudió al despacho de Ball.

—Nos negamos en absoluto a comprar más acero —agregó el otro socio.

—Nos llevará a todos a la quiebra.

—¡Ya están en quiebra, idiotas! —rugió Ball—, y lo único que puede salvarnos es el acero.

—¡Mi pobre mujer! —exclamó desconsolado uno de los socios.

—Muy bien, muy bien —dijo Ball—, vayan a sentarse en alguna parte y déjenme manejar los negocios a mi manera. Lillian comuníqueme con Noyes y Compañía. ¡Compren veinte más!

—Señor Ball. Acaban de llamar los abogados de su esposa, Spitz y O'Neill.

—¿Qué quieren? —preguntó Ball indiferente—. ¡Compren diez más!

—Diez más—repitió Lillian—. Los abogados dicen que su esposa ha pedido la separación.

—¡Es posible! ¡Veinte más!

—Veinte más —ordenaba la secretaria siguiendo al pie de la letra las órdenes de su jefe.

Johnny y Mary habían salido

de compras, pues ella se había obstinado en la compra de un perro peludo, con flequillo y pulgas. Al salir de la tienda donde vendían esos preciosos animales domésticos, los vendedores de periódicos atronaban el ambiente con sus gritos anunciando un número extraordinario.

Algo acostumbrado a la significación de un número extraordinario en aquella hora, Johnny Ball pidió un ejemplar al vendedor.

—Es posible que mi padre haya hecho alguna de las tuyas.

Mary le miró sorprendida.

—Es verdad, me olvidaba de que tú no conoces a mi padre.

—¡Desaparecen fortunas! —gritaba el vendedor—. ¡Crac en la Bolsa! ¡El más importante desde 1929!

—¡Déjame leer esto —dijo Johnny entregando unas jaulas a Mary para que ella las sostuviera.

En el diario aparecían unos grandes titulares en los que Johnny leyó lo siguiente:

La firma Ball y Compañía, tambalea.

—¿Dónde está la estación del metro? —dijo Johnny palideciendo.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde vas? —preguntó Mary alarmada.

—Dame cinco centavos, corre dámelos...

—¿Adónde vas? ¿Por qué no vas en coche?

—El metro corre más. Nos veremos más tarde.

—Desapareció Johnny entre la multitud que se agolpaba para comprar diarios, antes de que Mary tuviera tiempo de decir otra palabra.

La marcha de los negocios del acero se seguían desde el despacho de Ball a quien informaba de lo que ocurría en la Bolsa su empleado Hyde.

—Ball, Es inútil cuanto se haga. No podemos desviar esta baja. Es como si todo el mundo estuviera vendiendo —decía Hyde por teléfono.

—Bueno, bueno, un poco de calma. Ha hecho usted todo lo que ha podido. Sí, sí, podríamos comprar, eh. No, no haga nada. Está bien, adiós.

Colgó Ball el aparato y quedó un instante silencioso. Sus socios se hallaban de nuevo en el despacho.

—¿Por qué no salen ustedes a comer algo? Usted también Lillian... y tráigame un bocadillo.

—Ya tengo uno preparado para usted ahí fuera, señor Ball.

—Déjelo encima la mesa.

UNA CHICA AFORTUNADA

¡Jenny! —exclamó el banquero al ver entrar a su esposa en el despacho.

—Johnny no sabía nada de lo que ocurría —dijo la pobre señora abrazando a su marido.

—¡Vamos, vamos, cálmate!

—Ya sabe Johnny que sería capaz de fregar suelos por ti, haré lo que sea necesario.

—Hemos pasado momentos más difíciles que éste, Jenny, y no has tenido necesidad de fregar ningún suelo.

—Pero te aseguro que lo haría.

—Claro que lo harías, y seguramente muy bien.

—Gracias, Johnny... y te lo perdono todo... incluso lo de la muchacha del Hotel Louis.

—Escucha, tú me confundes con algún otro! En efecto, he pasado la noche en el Hotel Louis.

—¡Oh, no esperaba que fueras tan noble admitiendo la culpa! Al fin y al cabo, la única responsable soy yo por haberte dejado solo. Las mujeres no debemos abandonar nunca a nuestros maridos.

—Vamos, Jenny, ya tengo bastantes preocupaciones, por favor, ¡cállate!

—No dirías lo mismo si estuvieras en mi lugar, Johnny.

Alguien llamó a la puerta del despacho.

—¡Adelante! —dijo Ball.

—¡Hola, papá! ¡Hola, mamá!

—¡Ah, el hijo pródigo! —dijo el padre.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó el muchacho.

—En todo menos fregar suelos. Tu madre ya se ha ofrecido para esto.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —dijo la señora Ball llorando.

—No soy cruel, Jenny, estaba distribuyendo el trabajo.

La noticia del frac bancario de Ball había llegado hasta la administración del Hotel Louis, y su propietario se lamentaba a voz en grito:

—¡Ocurrir esto, precisamente ahora! ¡Cuando todo iba viento en popa!

—Toda nube tiene un borde de plata —dijo el administrador.

—No me preocupa el estado atmosférico dijo Louis—, hemos de preocuparnos de tantas cosas.

Mary, con dos perrazos, unas jaulas y una pecera, entró en la administración la mar de satisfecha.

—Mire lo que traigo, señor Louis. Venga... «Snuka», ven— dijo hablando a uno de los pe-

ros». Señor Louis, traigo algo para usted. Una pecera con peces de colores. Póngalos aquí, señor Hornsby. Hay ocho, me parece. Tú, ven acá, no hagas eso, perrote.

—Estoy moribundo —decía Louis—, y ella trae todos estos animales. ¿Ha visto los diarios, señorita Smith?

—Sí, he leído los titulares.

—Dicen que... cierta persona está tambaleando, y cada vez que él se tambalea, yo también estaré tambaleándome.

—¿Ha ocurrido algo en su hotel, señor Louis? —preguntó Mary asustada.

—Si él tiene el agua al cuello, el Hotel Louis se inundará.

—¿Quién tiene el agua al cuello?

—Cierta persona que le regaló un abrigo de visón —dijo el hotelero.

—¿Qué visón?

—Querida señorita, estamos solos, haga el favor de no disimular más.

—Pero si yo no tengo ningún visón.

—Yo intento ofrecer a usted mi amistad y se empeña en jugar al escondite. ¿Qué es esto? preguntó Louis tocando el abri-

go de pieles de Mary—. ¿Un caballo?

—No, esto es Kolinsky.

—Esto es un borrego.

—Si no me cree usted, pregúnteselo al señor Van Buren, que veo está aquí —dijo Mary dirigiéndose al modisto.

—Bueno, bueno, si no le importa, señorita, prefiero quedarme al margen de esta discusión —dijo el modisto huyendo de compromisos.

—Fué él quien me lo dijo.

—Pues... sí... si esto es visón, debe haberse equivocado. Usted no regalaría un abrigo a una desconocida, ¿verdad?

—¿Quién, yo? —dijo Van Buren.

—¡Nunca! —exclamó Louis.

—Oiga, señor Louis —dijo Mary—, ¿cómo se llama aquel caballero que ayer noche le ayudó a encargar la teta?

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó Louis—. Las habitaciones imperiales por un dólar diario con desayuno, con extraordinario que no quiero mencionar, una botella de «Goulet 1919», gallina de Guinea... ¡ah! aun puedo pasar todo esto; pero que me diga usted que ni siquiera sabe el nombre de J. B. Ball... ¡por favor, señorita!

UNA CHICA AFORTUNADA

—¿Quiere usted decir que aquel... aquel... viejo caballero era J. B. Ball?

—¡Señorita!

—Y, ¿usted cree que yo acepté de él un abrigo de visón?

—¡Piedad, señorita! —exclamaba Louis.

—¡Vámonos, Snuky! —dijo Mary a los perros—. No nos quedamos aquí ni un minuto más.

—¡Márchese de mi hotel! —dijo Louis indignado—. ¡Cuántas humillaciones!

Johnny, mientras tanto, procuraba que su padre le explicara la causa de aquella quiebra tan inesperada.

—¡Es terrible, papá! ¡No me explica la causa de todo esto!

—Tú veras, hijo. Unas cuantas acciones llamadas «acero» de las cuales tú probablemente no sabes nada, han bajado cuarenta puntos desde que se abrió la Bolsa esta mañana. Supongo que con esto queda contestada tu pregunta.

—¿El acero ha bajado?

—¡Sí, en efecto! —contestó Ball padre.

—¡Esto tiene mucha gracia! dijo Johnny.

—Desde luego la tiene, si es que tienes ganas de bromear.

—No, quiero decir que podía haber dicho otra cosa, cuando ese chalado en el pasillo, quería saberlo.

—¿Qué chalado? ¿En qué pasillo? —preguntó Ball.

—Yo no le ví, pero ya sabes lo que pasa cuando alguien entra y te pregunta qué opinas del acero, pues es natural que...

—¿Quién entra?

—Esa chica que conocí en el Automático.

—¿Desde cuándo comes tú en el Automático?

—No como allí, trabajo, es decir, trabajaba.

—¿Quieres decir en esos bares donde uno se sirve a sí mismo?

—Sí, sí. De modo que cuando ella dijo que había un chalado en el pasillo, ¿ya he dicho esto, verdad?

—Sí.

—Me lo figuraba, entonces dije, casualmente, desde luego, y sin intención alguna, que creía que el tiempo amenazaba lluvia, y que, en consecuencia, el acero bajaría.

—¡Ah! —gritó Ball—. ¡Dijiste que el acero bajaría porque el tiempo amenazaba lluvia! ¡Jenny, vaya un hijo que tenemos!

—Pero ya te he dicho que había sido en broma.

—¿No sabes que no se pueden gastar bromas en cuestiones de acero con el nombre de Ball?

—Pues... lo siento, pero lo hice. Oye ¿a ver si Mary sabe quién era ese tío? Por más que ahora ya no tiene importancia.

—¿Mary, quién?

—Mary Smith.

—¡Mary Smith! —dijo Ball asustado.

—Sí, Mary Smith. ¿No tengo derecho a conocer una chica que se llame Mary Smith?

—¿Quieres decir Mary Smith, en el Hotel Louis?

—Sí, papá. ¿Cómo sabes que que está en el Hotel Louis?

—Cree que todo el mundo lo sabía —dijo la señora Ball.

—Póngame con el Hotel Louis —dijo Ball padre.

—¿No lees los periódicos, hijo? —preguntó la señora Ball.

—¿Oiga, oiga? ¿Hotel Louis? Póngame con el señor Louis.

—Diga, diga, señor Ball. ¿Ah, sí? La he echado.

—¿Es posible? —dijo Ball indignado.

—Esa chica es una embustera de marca mayor. Me dijo que era conocida suya y luego me arruinó comiendo...

—Louis, ¿por qué ha hecho esto?

—Pero, pero, pero... ¿cómo iba yo a saberlo? No soy ningún diplomático. Soy un buen cocinero, señor Ball...

El banquero colgó el aparato sin acabar de escuchar las protestas de Louis. Esto se volvió hacia Van Buren y su administrador:

—¡Esta vez si que hemos metido la pata!

Mary había salido del Hotel Louis, y junto con sus dos perros se dirigió a la Banca Ball para dar explicaciones y a pedir las. El conserje le cerró el paso.

—Le digo señorita, que no puede usted verle.

—Pues tengo que verle. Es algo muy importante.

—El señor Ball está tan ocupado que me consta que no recibirá a nadie en todo el día.

Esta conversación tenía lugar en la antesala del despacho de Ball y dentro de éste se lamentaban de no poder encontrar a Mary.

—Louis dice que la ha echado del hotel —dijo Ball—. Hay que encontrar a esa chica. Lillian póngase en contacto con la policía.

UNA CHICA AFORTUNADA

Obedeció la secretaria al instante.

—¿Oiga? ¿Comisaría de Policía? Póngame con el capitán Jackson de la patrulla de tráfico. Necesitamos que busquen un coche.

Ball, por otro teléfono, intentaba comunicar con la oficina en que le había dicho Mary que trabajaba.

—¡Oiga! ¿Es ahí el Buen... cómo se llama?

Lillian daba por teléfono el número del coche.

Mary, ayudada por los dos perros que llevaba, consiguió hacer apartar al conserje y penetrar en el despacho de Ball.

—¡Mary! —exclamó Ball al verla entrar.

—He venido corriendo, tan pronto como he podido.

—¡Oh, con que conocías a mi padre? —dijo Johnny.

—¿Es tu padre? ¡No lo sabía!

—¡Cállate Johnny! Somos viejos amigos. No te metas en esto.

—He venido corriendo, sabe usted, porque esto no es un kollinsky, es un visón. Estoy segura de que usted no lo sabía, porque no me habría dado un abrigo de visón.

—¿Quieres decir que, incluso te regaló un abrigo de pieles?

—Es que no sabía que era tu padre.

—Bueno, aunque no lo supieras, no es motivo para que aceptaras un abrigo.

—No lo sabía, creí que...

—Un momento, un momento, un momento. Callad los dos. A ver si consigo decir una palabra yo también —gritó Ball—. ¿Ha dicho usted a alguien que el señor Ball había dicho que el acero iba a bajar?

—Sólo se lo dije al señor Hulger...

—¡Sólo al señor Hulger!

—...y a todas las agencias que tiene en el mundo.

—¿Se refiere a E. J. Hulger y Compañía? —preguntó Ball.

—Ese debió ser el chalado del pasillo —dijo Johnny.

—¿Ahora te das cuenta de ello? —preguntó Ball.

—¿Pero no quería usted que bajara el acero? —preguntó Mary azorada.

—No, no, no —gritaba Ball fuera de sí.

—Señor Ball, su presión arterial —dijo Lillian.

—No se preocupe, Lillian, es el acero ahora lo que me importa.

—Entonces, papá, ¿por qué

Mary no le dice a Hulger ahora que el acero va a subir?

—¿Decírselo a Hulger? En mi vida he oído tamaño desatino.

—Si una cosa ha tenido éxito una vez, puede tenerla dos veces —dijo Johnny.

Ball estuvo meditando unos instantes.

—Venga, Mary. Hable con Hulger y dígame que el acero va a subir.

—¿Oiga, oiga? ¿Hulger y Compañía? Habla Mary Smith... tengo noticias muy importantes. El acero va a subir. ¿Comprende usted?

—¿A subir? ¡Caramba! —dijo Hulger—. Tendremos que cubrirnos inmediatamente...

—Sí, será mejor que se cubra bien... y... escuche, no se lo que quiere decir, pero me he enterado de que lo tiene todo... acaparado. ¿Sabe lo que quiere decir esto?

—¡Caramba! ¿Está bien segura, señorita?

—Sí, sí, y no se olvide de comunicarlo a todas sus agencias.

Después de esta conferencia que hizo reaccionar de nuevo la cotización de las acciones del ace-

ro, Johnny y Mary sostuvieron una acalorada discusión, pues él no quería creer que ella había aceptado aquel dichoso abrigo porque ignoraba el valor que tenía. Indignada Mary ante aquella falta de confianza, se marchó disgustadísima del despacho de los Ball sin querer saber nada más de todos ellos.

Subió en el coche que la había llevado desde el hotel con sus perros, para buscarse alojamiento. Al poco rato de estar en marcha el coche se vió perseguida por la policía de tráfico que la obligó a regresar a la oficina de los Ball. Al llegar a la acera vió a Johnny que miraba extrañado su regreso.

—¡Johnny! ¡Johnny! No dejes que me detengan, no he hecho nada.

Un policía motorista puso pie a tierra.

—¿Dónde está el señor Ball?

—Soy yo —dijo Johnny.

—¿Es usted quien quería que se le trajéramos con tanta prisa?

—Sí, yo quería que me la devolvieran.

FIN

1875



2⁵⁰ ptas.

1940 - A. G. BOTTIC